

Risa
Amarga

DE

BARÓN DE ARRIBA

CRÍTICA POLÍTICA Y SOCIAL



BUENOS AIRES

IMP., LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE J. REUSER
Calle San Martín esquina Corral

1896

PREFACIO

Este volumen no es propiamente un libro, es una colección de artículos humorísticos formada con los que tienen actualidad permanente de los que han aparecido en distintos diarios de esta ciudad, bajo el pseudónimo de *Barón de Arriba*.

Unos son sátiras contra errores, vicios, costumbres, que mueven á risa ó provocan censura, insinuadas en rasgos exagerados de caricatura sobre un fondo de verdad, y otros son simplemente humoradas de filosofía social. Todos como labor y pensamiento no son sino el reflejo del estado momentáneo en horas de ocio de un espíritu burlón y descreído á fuer de haber sido soñador, que se ríe con la risa amarga del desencanto al descubrir el falso brillo de las cosas que lo fascinaron.

Pero ya sea porque entre sus paradojas y extravagancias haya emitido ideas graves ó trazado rasgos exactos, algunos de estos artículos han circulado mucho dentro y fuera del país, reproducidos por diversos órganos de la prensa, y esa circunstancia precisamente, ese mérito que otros les han atribuído ha sugerido al autor la idea de asegurarles una vida más duradera,

Si otros los han recogido, ¿por qué los abandonaría él á esa vida fugaz del diario, cuando parece que pueden vivir prendidos á los defectos de que se burlan?

No puede ser un mal que vivan, porque, en cierto modo, criticar es corregir.

EL AUTOR.



CARICATURAS POLÍTICAS

EL PARTIDO

EL hombre tiene ideas y pasiones, por eso abraza una causa, un principio, que es su partido.

Pero el hombre tiene también intereses y ambiciones que toma el partido de satisfacer, por eso tiendeá un fin.

He ahí dos partidos: uno de principios, otro de fines.

Como aquí todavía los hombres no luchan por ideas no se conoce un partido de principios.

Así, pues, los partidos se forman con el fin de conseguir los puestos públicos.

¿Por qué se dividen, si todos tienden al mismo fin?

¡Ah! porque los puestos no alcanzan para tantos y entonces hay que conquistarlos por la lucha.

Esta lucha crea disputas y por consiguiente agrupa gente. Esta agrupación es un partido. El éxito viene á depender del número que cada uno reuna ó de la habilidad con que se hagan trampas.

Para atraer individuos á su bando los interesados se erigen en apóstoles y predicán con afán la bondad de su credo, como los vendedores de malaquita encomian la eficacia de su droga. Entre dos partidos hay intereses encontrados por aquello de “¿quién es tu enemigo?—el de tu oficio.” De este an-

tagonismo resultan calificativos injuriosos; se dividen en pillos y honrados, lo que no impide que si conviene á sus fines se pongan de acuerdo. ¡Ante todo los fines!

Un partido se funda á propósito de un coche que atropelló á un sacristán.

Por lo menos algún atropello entra siempre en su embriología; algún malón dado al adversario que está en el gobierno.

Luego va operándose la evolución que le da carácter, hasta que á su turno entra á funcionar en el escenario político.

Esta metáfora tiene su razón de ser, porque un partido tiene mucho de teatral.

Puede decirse que el país es la escena, el jefe el empresario, el pueblo el público, los sucesos las representaciones y los políticos los cómicos.

Entre éstos se encuentran actores para todos los roles.

Dentro de un partido hay una serie de personalidades: el jefe, los prohombres, los candidatos, los figurones, los empleados, los politiqueros, los partidarios, los cesantes, los buscavidas, que pueden ser asimilados á los diversos caracteres de todas las compañías conocidas, porque el partido, siendo más vasto, abarca todos los géneros, y además un mismo individuo político, á manera de un artista, suele desempeñar distintos papeles.

Así, por ejemplo, un candidato, como un acróbata, se sube al trapecio de la popularidad, da un salto mortal, y si no se viene abajo en medio de la rechifla de los espectadores, va á caer en una banca del parlamento, donde se transforma en fante.

Pero el partido más que todo es come-

dianter, aunque á veces se dedique al género lírico-dramático y aun á la tragedia.

La interpelación es una de las comedias en que más se distinguen los paladines.

Para las pantomimas tienen chanchos sabios y hombres chanchos que representan una piecita titulada *La ley de la patada*.

Los partidos concluyen como las compañías, dispersándose los actores porque se contratan con otros empresarios.

EL JEFE

Cuando ocurre algún accidente en la vía pública, la gente se amontona á ver lo que sucede; los que van de paso se acercan á mirar por sobre los hombros de los que ya están; pero suele presentarse algún osado que aparta á los curiosos, penetra hasta el centro del

grupo y dispone y manda. Todos le han hecho lugar sin saber por qué, creyéndolo autoridad ó con algún título para meterse; pero no, resulta que es simplemente un hombre decidido, un hombre audaz, con condiciones de carácter para ser el primero.

Así se forma el jefe de partido, haciendo á un lado á los demás con atrevimiento para colocarse él.

La grandeza viene en seguida de suyo; es inherente al primer puesto; es la altura del que se coloca más alto. Desde que uno es el primero, los demás son secundarios. Si hay uno que se pone encima, los otros quedan debajo. Los reyes son grandes porque los miramos de rodillas, decía Mirabeau. Desde que hay uno que se hace jefe los demás se le achican con su acatamiento. Acatar es agacharse, en este caso.

Aparte de ésto, el jefe suele ser un hombre superior, de vuelo intelectual, un carácter extraordinario, un espíritu enérgico, pero siempre es un vicioso de la política, un individuo que se ha hecho á la sensualidad del mando por amor á las prerrogativas, homenajes, adulaciones, goces, embriagueces morales de su alta posición. No tiene nada que darle á su país, porque después de los primeros esfuerzos para subir se ha esterilizado. Si ocupa algún puesto público deja obrar á la rutina. Tiene la inercia del satisfecho, del que todo lo puede, y sólo se agita cuando tratan de disminuir su influencia. Vale menos que al principio, pero es más grande. Tuvo inspiraciones para subir; pero su inteligencia se obcecó de girar alrededor de los intereses de su círculo.

Puede distinguirse al jefe en medio de sus adictos por el imperio solemne

de su palabra y la solícita atención de sus oyentes. El siempre tiene razón, nadie se la discute, ni admitiría no tenerla. Si no se trata de asuntos graves, si solamente conversan por entretenimiento, todo lo que él dice parece gracioso ó admirable á los demás; siempre lo celebran.

Es el Dios de sus fieles. Se deja venerar y quemar incienso, y que trabaje el espíritu del creyente.

EL PROHOMBRE

Es uno de los que se agacha menos ante el jefe, porque él también pretende que tiene talento y otras dotes, y que es muy capaz de hacerle daño, si se ofrece. Además, ya ha ocupado muchas veces altos puestos; se basta á sí mismo; no tiene por qué andar mendigando. A su tiempo pasó por las horcas caudinas.

Sin embargo, es disciplinado; toma la consigna cuando lo llevan á un ministerio ó al parlamento; pero como cuida un tanto su personalidad, suele pegar la patada si se trata de comprometerlo.

EL CANDIDATO

Es capaz de entrar por el aro del diablo. Ha dejado de ser adolescente, ha sufrido sin desencanto esa transición del candor á la malicia y se dispone á hacer carrera; conoce todos los manejos para prosperar y no le repugnan; tiene temperamento para figurar.

Es medianamente inteligente, capaz de escribir un brulote y de pronunciar un discurso estudiado. Si consigue una banca sabe la consigna sin que se la den: ser obstruccionista cuando gobierna el adversario; estar por la afirmativa si es de la mayoría.

EL FIGURÓN

Es un personaje que ha recibido la vida gratis, con algo encima todavía: una rica herencia. Nada ha tenido que ganar, ni que hacer. Seguro su porvenir no ha necesitado aprender mucho ¿para qué? él es feliz dentro de sus grandes recursos y de sus limitados alcances. Como no necesita de nadie tiene el aplomo que da una base firme, ese yo ampuloso, superlativo que da la independencia. Está envanecido de su hazaña de ser honrado. Es un tipo decorativo de que se sirven los partidos para prestigiar las instituciones que necesitan confianza pública, sobre todo, después de haber habido roedores adentro. Es un gato que se les echa á los mineros cuando ya se han comido el queso, porque en materia administrativa no se prevé, se enmienda.

Como el figurón siente el vacío de su insignificancia en medio de su riqueza, le gusta ocupar puestos públicos, y los partidos en lucha le venden esta perspectiva por fuertes cuotas para la caja electoral. Si triunfan, le dan una posición pasiva; y el figurón, que no sirve para nada, cree que está allí sirviendo al país.

EL PARTIDARIO

Pertenece á la juventud, á la noble juventud, corazón y nervio de la patria. El partidario es creyente sincero, un adolescente entusiasta, puro, patriota, que cree ciego en la verdad de las doctrinas y se lanza á la lucha con profunda fé, resuelto, valiente, generoso, abnegado, tras los ideales que su mente exaltan. Vé en el jefe y en los prohombres la encarnación de la patria, los ama

y los respeta, hasta que un día se sorprende su pensamiento de improviso — es la razón que ha madurado— analiza, y descubre las contradicciones, mentiras y sutilezas que son el alma del tráfico político, y entonces se entristece ó se ríe.

Si se ríe, sigue el juego, ya experto, tratando de sacar el mayor provecho; si se desencanta, se aleja triste como un soldado perdido después de la derrota, buscando las filas del buen pueblo que no se mete en estas cosas.

EL PUEBLO

Un partido necesita un pueblo, es la base de su especulación, y lo hace de su comparsa.

La comparsa es una columna humana. ¿Qué no va en ella?

Cuando pasa por delante de sus apóstoles ellos le gritan con voz solemne. ¡Pueblo de Mayo!

Es un acto de la comedia política.

Y la comparsa pasa disfrazada de pueblo, ruidosa, alborotadora. Allí va el infeliz cesante que implora un empleo y ha vendido su esperanza; el pania-guado servil, politiquero de afición, naturaleza de librea, caudillejo de sufragantes mercenarios, y los viciosos vagabundos, y los muchachos alegres y música y bombas y cohetes y la policía abriendo el ojo.

LA ESTATUA

Finalmente el político de alto vuelo se petrifica en una estatua, premio póstumo que le disciernen imparcialmente sus adeptos.

Donde terminará la estatua es un secreto del porvenir.

Si la figura no ha sido de primera magnitud se da su nombre á una calle

Esta forma de celebridad póstuma tiene el inconveniente de que suele borrarla el Concejo Deliberante al poco tiempo.

Hay que reconocer sin embargo que el político en su metamorfosis de ciudadano á estatua, pasando por una serie de transformaciones, suele purificar sus vicios redimiéndolos con virtudes cívicas.

Mientras la evolución de la vida fisiológica va desgastando el organismo en el transcurso del tiempo, la evolución de la vida sociológica suele ir agigantando la personalidad moral dentro de la vida pública, de manera que, al revés del vicio, que consume el cuerpo donde se arraiga, la pasión política dilata el alma que agita, y puede hacer de un egoísta ambicioso un altruista abnegado.

Sea que las sombras de la muerte

conviden á ser virtuoso, ó que desarrollándose siempre el órgano de la ambición por su ejercicio constante, incite á figurar aún después de la vida, ello es que un partidista puede llegar á ser estatua. Para esa figura este dístico:

Amó el poder, la vanidad, el ruido,
Por eso perpetúase su olvido.



EL HOMBRE-COSA



DICEN los que entienden de derecho público que la ciencia del gobierno libre tiende á descentralizar el poder para que el pueblo gane en liber-

tad. Mínimum de gobierno — máximo de libertad—parece ser la divisa sacada de aquel principio. Distribuyendo la autoridad se debilita el poder de uno sólo, y por lo mismo que se generaliza entre muchos, mejora la administración pública. Muchos que manden un poco, es menos incómodo que uno que mande mucho, y uno sólo serviría más mal que muchos buenos servidores. Esta teoría será verdad ó mentira, es cuestión del número de los que quieran convenir en ella, porque la verdad de las ciencias sociales es puro convencionalismo; pero para los gobernantes es indudable que si tienen que reconocer en otro una cierta autoridad, eso disminuye la suya propia. Haber subido y no tener bastante poder ¡que incómodo! Será menester allanar esta dificultad.

El primer político que se planteó

este problema lo resolvió creando el hombre-cosa.

Imagináos todos los puestos públicos servidos por autómatas y un sólo gobernante efectivo, y tendréis la absorción del poder dentro de la descentralización teórica, así como en una empresa de fantoches hay muchos títeres y una sola cabeza pensante. Tal es el origen del hombre-cosa.

Con él se consigue unificar la acción del gobernante, hasta donde es posible prescindir del hombre independiente

El hombre-cosa es un elemento político que parece un hombre público; ha sido inventado para que tenga un puesto oficial; para llenar una posición y responder con ella á las exigencias del que se la da. Se diferencia del hombre público en que carece de ideas y propósitos, no tiene iniciativas, no es capaz de producir ni crear nada, es un

eunuco intelectual. Como el muñeco que juega á las damas, el hombre-cosa sabe mover ciertas piezas. Si es ministro sabe firmar, si es diputado sabe ponerse de pie cuando se vota. Es una bambalina de teatro que contribuye á formar la perspectiva de una situación. Para los que miran representa algo; para los que están entre telones es un miserable bastidor. Como esta decoración necesita luz que la ilumine, suele dársele al hombre-cosa un secretario ó asesor, superior á él, pero incapaz de obedecer ciegamente. La inteligencia se conchaba, pero no se somete. La inteligencia es inflamable y como los explosivos se presta á que la manejen con cierto cuidado, pero no admite presiones sin estallar.

Entre estas dos cabezas, una gorda y otra fosfórica, hay la diferencia que entre una bocha y una bomba. Tal es

la diferencia que media entre el hombre-cosa y su secretario. Es el pico y la luz, cuando el secretario se aleja es que la luz se apaga, se queda á obscuras.

El asesor es una cabeza postiza del hombre-cosa. Cuando el asunto no se ha de resolver inmediatamente el hombre-cosa tiene el recurso de pedir conocimientos á su cabeza postiza, pero si se trata de algo urgente, si no se puede esperar y está sólo y tiene él que resolver ¡temblad entonces! porque podéis ser partido por una barbaridad.

Esto no obsta para que el hombre-cosa disfrute de las prerrogativas de un personaje político ante las muchedumbres. Los hombres son como los niños: los relumbrones oficiales los encantan. Es que perciben más con los ojos que con la inteligencia. Por eso es difícil distinguirse ante la multitud fuera de

los puestos públicos, porque se admira más el rango que el talento. Los chucuelos se envanecen de la amistad con el vigilante de la boca-calle y le tocan el machete con cierta mezcla de satisfacción y respeto. Pues esta misma situación moral se reproduce cuando llegan á ser hombres, con personajes más grandes que un vigilante. De ahí la espectabilidad del hombre-cosa. Un puesto público es un éxito, y el éxito dice un pensador, ese hijo fingido del talento, hace una víctima: la historia.

Aparte de la mistificación que pueda envolver para la historia; la invención del hombre-cosa tiene el gravísimo inconveniente para el adelanto intelectual de un país, de que mata el estímulo del estudioso, porque el éxito del ignorante lo aplasta.

¿Y en compensación de este daño el hombre-cosa aprende?

Quién sabe.

Dos genios literarios que se corresponden al través de tres siglos, Cervantes y Víctor Hugo, han condensado respectivamente una idea sobre esta cuestión en expresiones opuestas que, no obstante su contradicción, parecen ser cada una verdad.

La mañana del día en que ocurrió la batalla de *Actium*, dice Víctor Hugo, encontró Octavio Augusto un asno al cual su amo llamaba *Triumphus*. Este Triumphus dotado de la facultad de rebuznar le pareció de buen augurio Octavio Augusto ganó la batalla y se acordó de Triumphus, lo mandó esculpir en bronce y lo colocó en el capitolio. Hizo un asno capitolino, pero no por eso dejó de ser asno. *Las grandezas no achican las orejas*, exclama el ilustre poeta.

A esta síntesis se opone la famosa

de Cervantes: los altos puestos adoban el entendimiento.

Sea de ello lo que fuere. Aunque el país se perjudique con el hombre-cosa, no puede negarse que como posición personal es sumamente envidiable, por que disfruta de las consideraciones que se dispensa á las altas personalidades, sin haber pasado por las fatigas de la preparación, sin que se le exija siquiera la responsabilidad que á los hombres aptos, porque cuando alguien pretende quejarse contra él, no falta quien lo defienda, diciendo *sotto-voce*: perdónelo, no crea; si el hombre no lo hace de malo, mire, aquí para internós: el pobre es muy bruto.





EL FUNCIONARIO

EMPECEMOS por el principio. Tomémoslo en su germen y sigamos su desarrollo hasta verlo colocado en un puesto que no llena á pesar de su hinchazón.

Viene derivándose del coloniaje, de aquellos inmigrados españoles que arribaron á América á buscar oro sin trabajo, porque consideraban el trabajo una vileza de esclavos, y sólo creían digna la vida en el ejército, en el clero ó en la magistratura.

Bajo el influjo de esas ideas, obedeciendo sin saberlo á la ley de la heren-

cia, la madre habría querido educar su hijo para la nobleza, para la aristocracia.

Cuando el infante estaba en esa edad encantadora de los balbuceos, la señora con ese noble anhelo de la madre por la felicidad del hijo, tenía á veces la idea vaga, fugaz, pero halagadora de que podría llegar á ser una celebridad, y entonces le preguntaba, tratando de inquirir su vocación: “Qué vas á ser tú, mi hijito?”

—¿Yo? panadero, decía el chico, que tenía gran afición á subirse al carro del repartidor de pan.

La señora se reía de la ocurrencia del niño, pero le quedaba un oculto desagrado de que tuviese tendencias al trabajo más que al poder.

—¡Jesús, criatura! ¡Que bajas ideas! solía decirle.

Otras veces, á la misma pregunta, el chico contestaba:

— Yo voy á ser vigilante.

En este caso la mamá quedaba más satisfecha, porque creía que con esos gustos por el machete el chico podría llegar á ser general.

Pero ella le decía con insistencia, como si quisiera inculcarle esta idea: “ tú vas á ser doctor”.

Tenía miedo de hacerlo militar, por que aunque le parecía carrera fácil al favor de las revoluciones, temía que se lo matasen al derrocar algún Gobierno. El egoísmo de las madres.

No halagaba su vanidad el clero, porque aunque tenía ideas religiosas, le parecía que su hijo se confundiría con esos padres italianos que, después de decir misa son zapateros.

Lo haría doctor, sí, doctor, decididamente.

Pensó por un momento, ¿ que tal sería hacerlo ingeniero? pero se acordó en

seguida de que aquí no tenían ocupación sino los ingenieros extranjeros, y entonces se arraigó más su propósito anterior

¡Doctor! ¡que honra para la familia! Como iba á gozar ella el día que viese á su hijo graduado, que mandaba poner las planchas en la puerta con su nombre. . . . ¡doctor!

Un día, un tío muy barbarote, viejo francachón, de esos que todo lo llaman por su nombre, le dijo:

—¿Y sabes si el muchacho tendrá talento? Hasta ahora no parece, y para que sea doctor bruto más vale. . .

—¡Pero tío! que manera de hablar tiene Vd., observó la buena señora, y agregó candorosamente: el talento se hace en la universidad.

—¡Calla! infelizota, repuso el viejo, con la sabiduría de la experiencia: “cuando natura no da, Salamanca no

presta". Este muchacho sería un buen carpintero y ganaría honradamente su vida. Ya lo creo, como que hacen falta muchos en el país.

—Le prohibo, mi tío, que me perverta al niño con bajas ideas de trabajo, impuso la señora con energía, y allí habría concluido la conversación, si no se le hubiese ocurrido al viejo preguntar: ¿y qué clase de doctor va á ser este mocito? ¿Médico?

—¡Cállese usted con médico! Todo el mundo sabe recetar. Yo quiero que sea doctor en leyes, como el hijo de misia Borlas, que se ha ganado cien mil pesos con dos escritos.

Y quedó fijado que el chico sería doctor en leyes.

Tras las corrientes del tiempo la buena madre vió cumplidos sus deseos, pero... como no hay dicha completa, el doctor salió de los de testa dura,

No sabia hablar, ni escribir, es decir, no era orador, ni tenia estilo, dotes necesarias para el foro.

Las leyes se le habían olvidado por falta de ejercicio, aparte de que nunca las comprendió muy bien. ¿Qué hacer?

Fué entonces cuando resolvió hacerse funcionario público, troncharle al empleado su carrera, disputarle su más alto grado.

Y aquí se destaca nuestro tipo.

Todo empleado del gobierno es un funcionario público, pero el uso ha reservado este título para el de más alto rango, como ser el jefe de administración, de quien se dice: es un alto funcionario público.

El está convencido de esta altura, debido á lo cual vive mareado.

El adjetivo alto con que se distingue la relación en que está con sus

subalternos, él lo toma por una verdadera altura de posición, ó por una posición bien alta, y se le va la cabeza, se marea, semejante á esas personas cuyo poder imaginativo les hace sufrir náuseas el nombre de algo repugnante.

Conocidos son los efectos del mareo: las imágenes se trastornan, se dan vuelta, se revuelven, merced á lo cual el funcionario público, creado y pagado para servir al público, vé las cosas al revés, crée que él está allí para que el público lo admire, y para hacerse más admirable adopta un aire solemne, una fatua hinchazón, con que subleva el menos precio de los que odian la imbecilidad humana.

Como las cimas dan vértigos, y el funcionario se crée en una altura, no mira para abajo, es decir, para lo que él crée que es el fondo, para donde él

estaba antes, para el sitio de sus viejos amigos. Piensa tal vez, en su majín revuelto, que eso podría ocasionarle una caída, y se yergue, mira hácia arriba, hácia donde están los gobernantes, y trata de asirse á ellos, de servirlos, de complacerlos, de vinculárseles por una falsa amistad para afianzarse más en su posición, y con ese propósito los agasaja, les sonríe, no esquivá transacción ni condescendencia sobre cualquier interés público. Se convierte en todo lo que sea necesario para no caer, radical ó conservador, liberal ó católico; para él todas las ideas son buenas con tal de no tener que renunciar. Lo único malo es dejar su puesto.

Es que él créé más en el mérito de su posición que en el de su persona, por eso se encaja en su puesto con instinto de conservacion, como lá raíz en la tierra, buscando los jugos de su ali-

mento. Como el parásito, no se basta á sí mismo, necesita asilarse en el cuerpo de otro, chupar su sangre, y se le afirma al presupuesto, que es el cuerpo del pueblo.

En su administración es una planta exótica, que ocupa el lugar de otra indígena, que daría mejores frutos, como que él no trata de servir, sino de servirse.

Opaco como los planetas, que reciben la luz del sol, él recibe el brillo de su empleo, brillo lánguido como la tenue luz pálida de los reflejos, pero que á manera de la luz de Röntgen, pone en evidencia su nulidad interna.





EL INFLUYENTE

SEGÚN la filosofía constitucional del gobierno republicano, la relación de pueblo y gobierno es de mandante y mandatario, pero como de la teoría á la práctica hay la diferencia que de lo intangible á lo palpable, la verdad práctica de aquella teoría no es la relación de mandante y mandatario, sino la de mandón y mandado.

Alterados así aquellos dos términos sustanciales, se cambian los resultados por la relación de causa y efecto. No se puede pedir peras al olmo.

Entre un mandante y un mandatario,

el mandante manda y el mandatario ejecuta, pero si se desnaturalizan las funciones y el mandatario se hace mandón y el mandante mandado, tendremos al soberano convertido en siervo. Esta es la práctica gubernativa, diga lo que quiera la teoría.

El pueblo soberano, convertido en pueblo sirviente, en vez de mandar suplica.

Como el hombre es animal de costumbre y la costumbre es una segunda naturaleza, el pueblo se ha connaturalizado tanto con la costumbre de ser mandado, con la costumbre de implorar lo que le corresponde, que cuando alguien se presenta ante el gobierno ó los tribunales en demanda de algo que es de su derecho, termina con una ú otra de estas lacrimatorias: es gracia, á V. S. suplico.

Los mandatarios transformados en

mandones y acostumbrados á que les supliquen, no administran justicia, dispensan gracia.

De esta relajación de los principios del gobierno y de la ausencia de una noción clara, austera del deber, por vicios del medio ambiente; del anhelo de conservarse propiciándose la protección de los fuertes, de las vinculaciones íntimas de intereses, negocios, hermanajes, compadrazgos, afinidades políticas, cohechos y prevaricatos, de ahí ha nacido el influyente, individuo que endereza las bondades del gobernante en favor de un agraciado.

El influyente no es siempre amigo del influido; el amigo puede poco, porque la amistad no es temible; el amigo pide y consigue á veces, sino se cruza un influyente. El influyente puede dañar ó proteger, y de ahí su influencia; no es propiamente un indivi-

duo, es una fuerza; por eso el hombre público lo trata con distinción, con suma cortesía, porque puede dar ó quitar.

El influyente es un elemento de perversión administrativa: bajo su influjo se excluye al competidor, se olvida la licitación, se posterga al empleado, se premia al advenedizo, se perdona al culpable, se viola la ley; pero por lo mismo que existe un influyente en contra de la rectitud y la justicia, el presunto damnificado echa mano de otro que sostenga su causa, y entonces sucede lo que en todas las luchas: vence el más fuerte.

Imitando el método de clasificación que usan los naturalistas, podemos decir que el influyente pertenece al orden de los rapaces, en el cual pueden admitirse dos grandes familias principales: los políticos y los comerciantes.

La primera comprende á los individuos que hacen su nido en los altos puestos. Esta familia contiene varios géneros: los personajes: tienen pico dorado y plumaje vistoso, las uñas flojas, viven del presupuesto, pero suelen ser habilísimos para participar de la presa de los comerciantes.

Los politiqueros: son pájaros de cuenta, andan en bandadas: donde se sientan á comer, resisten á los que forman parte de otro grupo, los atacan, los hostigan, los combaten, pero suelen mezclarse con ellos cuando no están seguros de dispersarlos.

Los comerciantes: tienen las uñas largas y fuertes. La especie más terrible es el llamado proveedor. Los comerciantes son grandes corruptores, conocen todos los recursos, todas las debilidades humanas para ser influyentes. Cuando no se atreven á ofrecer

dinero, ofrecen palco, té, mujer, cualquier seducción. Lo que se pierde en decoro se convierte en oro.

El comerciante es de influencia nocturna; trabaja al influido lejos de su asiento, en su casa, en el teatro; mientras que el político, más aparatoso, más fatuo, gusta presentarse solemnemente en los despachos, y allí hacerse ver, hacerse sentir, tomarle el tiempo al funcionario ó gobernante, importunarle, hacer que otros esperen, parar el rodaje administrativo, afirmarse en la convicción de su valimiento, á expensas de la independencia é integridad del influido.

Cuando lleguéis á un despacho oficial y esté la puerta cerrada y os diga con cierto misterio el ordenanza que su señoría no está visible, no penséis que está trabajando: es que hay adentro un influyente.



Un diálogo con Mr. Money

MR. Money es un inglés rubio como una libra esterlina, aunque menos atrayente. Su espíritu prosaico y utilitario se aviene mal con las vocaciones de la gente de gustos delicados. Tiene esa inteligencia de los ingleses más finos, pero que como la juzga Taine, no excede á los conocimientos de una “guía Murray”, esto es, algunos horarios, reducción de monedas, datos estadísticos, precios corrientes, referencias geográficas é históricas. Me ha venido recomendado de Inglaterra, á ver si poniendo en juego mis relaciones, con-

sigue que se le pague una fuerte suma que tiene invertida en cédulas hipotecarias de la Provincia, lo que él cree muy realizable, porque desde que el gobierno ha garantizado esos títulos, dice, no pagando el deudor principal, debe pagar el fiador. Después él piensa colocar ese dinero en cédulas nacionales y vivir de rentas.

—¿Y en qué puedo servir á Vd. señor? le dije á mister Money; estoy completamente á sus órdenes.

—¡Ah! bueno, repuso el inglés, y se quedó con la boca abierta, vacilante, como rebuscando las palabras para expresarse, lo que hacía lentamente y marcando con dureza las sílabas, por no tener sino el conocimiento teórico del idioma. Me han dicho, agregó, que en este país la prensa lo puede todo, y mi pretensión es que no se me aplique la ley.

— ¡Pero señor! ¿por quién nos toma Vd.? Aquí se administra justicia con arreglo á la ley, y lo más que tal vez podría Vd. conseguir de nuestros tribunales — pero con muy buenas recomendaciones — sería que le interpretasen la ley en su favor. Así, pues, no abrigue Vd. ni un instante el temor de ser víctima de una injusticia, porque aquella misma deferencia sería probablemente gratuita.

En este país Mr. Money, agregué yo con cierta altivez nacional, no es necesario pagar para que alguien falte á su deber.

— ¡Ah! bueno, dijo mi interlocutor, frase que le es favorita; no se trata de eso, de corromper á nadie, yo sé que sería difícil ir más allá. Mi pretensión, como Vd. verá, es honesta. Me han dicho que Vds. tienen una constitución política llena de hermosas garantías,

que proclama grandes libertades, pero que según la costumbre de este país, la constitución se pone en práctica por medio de leyes contrarias generalmente á todas esas mismas garantías y libertades. Entonces lo que yo deseaba era que no me aplicasen la ley, sino la constitución.

— Eso ya es más difícil, Mr. Money, y no podría Vd. conseguirlo ni con buenas recomendaciones. Voy á explicarle á Vd. por qué: El P. E. y el P. L. no tienen tiempo de ocuparse sino de la política interna, que es la industria nacional más lucrativa, y pagan á gente buena de la calle para que les hagan las leyes... Un buen empleado hace la ley de justicia de paz; una comisión de industriales hace la ley de aduana; otra comisión hace la ley de sellos, bien que solamente le pagan éste trabajo al empleado, porque estando

entre ellos ha sabido *muñequear* la cosa.

— Vd. emplea un verbo que me parece no está en la gramática que yo he estudiado y por eso no comprendo: *muñequear*...

— Quiere decir en lenguaje de expedienteo, hacer andar con éxito algo difícil.

— ¡Ah! bueno. Yo tengo una gran dificultad todavía para aprender su idioma, mucho más difícil que el inglés y que cualquier otro, me parece.

— Me sorprende lo que Vd. me dice, mister Money, porque el español no tiene sino cinco vocales, que suenan invariablemente del mismo modo, y no usa nunca las consonantes dobles.

— ¡Ah! bueno, pero tienen un doble significado las palabras.

— En todos los idiomas la mayoría de las voces tiene más de una acepción.

— ¿De una sección?

— Aceptación, he dicho.

— ¡Ah! bueno, yo creía que Vd. había dicho sección, porque es lo que yo quiero decir: que la dificultad de su idioma está en que las palabras valen según el lugar en donde uno se encuentra.

— No comprendo.

— ¡Ah! bueno, pero es una cosa curiosísima, que yo no he visto en ningún país del mundo.

— Explíquese, mister Money.

— ¡Ah! bueno. Tomemos una palabra cualquiera: *juego*, por ejemplo. En la Bolsa quiere decir comercio, y en Mar del Plata quiere decir *prohibido*. En la Bolsa, donde muchas veces se hace trampa y no se paga al ganador, es *lícito*, de donde resulta que la *rueda*, que es mala, es mejor que la *rulèta*, que es buena, y trayendo la ruleta á la

Bolsa y llevando la rueda al Bristol se invertiría todo este orden de palabras. Por eso decía que en su idioma las palabras fuera de su acepción tienen su sección. Otra cosa que yo no me explico es porque se puede ir á una casa y jugar á que un caballo alazán llega primero que un caballo obscuro, y no se puede jugar á que el caballo de copas sale primero que el caballo de espadas, cuando es indudable que hay más garantías de honradez en este último juego, porque el interesado lo observa de cerca. Pero nada me ha llamado tanto la atención entre las contradicciones de su idioma, como eso de llamar comicio libre al sitio donde se hace una elección. Todos los días se puede pasar por delante de una iglesia á pie, á caballo, ó en coche. Se puede ir y venir, entrar al templo, etc., pero el día de un comicio libre parece

que algún peligro amenazase al país, todas esas libertades desaparecen, se distribuye gente armada en las cercanías y no se tiene ni la libertad de votar. Se vé, pues, que en un comicio el despotismo se llama libertad.

Eso no es una doble acepción de la palabra, sino, como yo decía, una sección donde el sentido cambia. ¡Oh! yo espero que va á ser muy difícil para mí aprender su idioma.

—No, mister Money, desgraciadamente lo que Vd. observa no son dificultades del idioma, sino vicios del país, ó, si Vd. quiere, barbarie. Somos muy bárbaros todavía.

— ¡Ah! bueno, bueno, bueno.





Un solo de Mr. Money

MISTER Money, es aquel inglés que vino de Inglaterra á cobrar unas cédulas hipotecarias, provisto de grandes recomendaciones para que no le aplicasen las leyes comunes, porque él creía que aquí las leyes y la justicia no andaban en buena relación con las garantías constitucionales. Desde entonces mister Money me visita frecuentemente, más que todo con el interés de que le resuelva algunas dudas que le ocurren en la tramitación de sus negocios por las administraciones públicas ó sobre palabras de

nuestro idioma, que á veces no alcanza á comprender en todos sus significados.

A mí me tiene herido en mi susceptibilidad de argentino, porque yo soy de los que creen que los extranjeros son unos ingratos en venir acá con su inteligencia y su dinero á criticar que no hay justicia, que no hay orden estable, cuando lo natural sería que por gratitud á esta tierra hospitalaria elogiaseen nuestros defectos, como se hace muy sinceramente entre amigos. Yo no le puedo perdonar á mister Money su ingratitud con este país: ha venido acá con quinientos mil pesos en cédulas, que son papeles que en su país no podía vender, los ha realizado por cincuenta mil pesos, nada menos, y todavía se queja.

Fué con motivo de esta feliz operación que me hizo su última visita, ó

mejor dicho, que me dió un solo tremendo, refiriéndome esos contratiempos tan comunes cuando se está de paso en una ciudad, pero que él con malignidad intencionada criticaba amargamente. Verdad es que se conocía que había tomado más whisky que el de costumbre.

—No vé Vd. me decía, yo no traje más dinero que el que calculaba necesitar para una ligera estadía, sobre todo porque además traía medio millón de pesos en títulos, y soy persona de arraigo aquí, poseo campos nacionales, de manera que ¿cómo había de sospechar que me vería en apuros? Pues he estado unos días sin tener como pagar mi pensión y á punto de ser expulsado del hotel. Entonces dije voy á pedir un descuento al Banco de la Nación, con preferencia sobre cualquier otro, porque así le dejaré esa

utilidad al país; los otros bancos trabajan con capital extranjero que, no por no ser nominal, dejan de salir de aquí las utilidades. Ese día, sin embargo, no pude hablar con el presidente. Al día siguiente conseguí que me recibiese. — Señor, le dije, yo tengo títulos y tierra por valor de un millón de pesos, y necesito momentáneamente una pequeña suma; solicito, pues. . . .

—Basta, no continúe Vd., repuso el señor presidente, interrumpiéndome, preséntese en forma.

Como yo me quedase perplejo, por que no atinaba á comprender que era eso de presentarse en forma, al volver de mi atolondramiento ya el presidente había desaparecido, atraído por otras atenciones, y salí á buscar informes.

La mejor forma en estos casos, decía yo para mis adentros, es la palabra

hablada, porque es el procedimiento más rápido. Es lo que se hace en todos los bancos. En cinco minutos se habla con el gerente y ya se sabe si se puede ó no girar.

Es lo que se acostumbra en mi país también. Usted sabe que los ingleses decimos: el tiempo es oro.

Estaba yo entregado á estas reflexiones, cuando pasó por mi lado un negro cargado con una bandeja de tazas de té y cajones de cigarros, y lo detuve un momento:— Dígame ¿qué significa presentarse en forma?— Mire mister, me contestó el negro, lo mejor es ver á un corredor.

Yo que me afligía con la idea de volver al hotel sin dinero, corrí á buscar á mi corredor, que tenía mis títulos sin conseguir venderlos, y tuve la desgracia de no dar con él: había ido al banco. Vuelvo allí, y nos *desencontra-*

mos. Felizmente se me informó que no era esencial el servirse de un corredor; que presentarse en forma quería decir presentarse por escrito. Entonces hice mi solicitud y esperé.

A las tres vienen á decirme que se iba á cerrar el Banco. — Pero no puede ser, digo yo desesperado, si no me han despachado todavía. — Afuera, fuera, fuera, dice el sirviente ligerito, hasta mañana no hay directorio.

Tenía vergüenza de volver al hotel, pero ¿qué hacer? Fuí no más, y el hombre quedó conforme con la promesa formal de que al día siguiente pagaría mi cuenta.

Al día siguiente, á las dos de la tarde todavía no se había reunido el directorio. ¡Qué desesperación! Temiendo no ser despachado ese día corrí á buscar los títulos de un campo y me fuí al Banco Hipotecario Nacional. Así, dije,

si no es uno será otro que me salve de de este apuro, y cuál no sería mi sorpresa cuando me dicen: este Banco no trabaja. Salí corriendo para el Banco de la Nación y llegué sofocado á la oficina de informes. El directorio estaba reunido, pero no habría resolución hasta el día siguiente. Yo me quería morir. ¡Qué dirían en el hotel!

Cuando entré en mis habitaciones, encontré sobre la mesa de noche un papel: era una citación del juzgado de paz. Estaba demandado. Caviloso ante esta situación extraña para un hombre de mis condiciones, salí de mi estupor al sentir que alguien me requería desde la puerta. ¡Adelante! grité:—¿Mister Money?—Servidor.—Yo vengo á ofrecer á Vd. mis servicios de procurador, porque sé que lo han demandado por desalojo y cobro de pesos.—¡Ah! si, bueno. Voy á decir á Vd., yo pienso

tener dinero de un momento á otro, y pagaré en el acto.

—No se apure Vd., si no es necesario pagar, respondió el procurador.

—¡Cómo! entonces se dictaría un lanzamiento contra mí, lo que sería muy justo.

—Voy á decirle, repuso el procurador con cara maliciosa y aire reservado; por la ley, como Vd. tiene las piezas por día, pueden desalojarlo al día siguiente y retener su equipaje, si no paga, pero como aquí no pueden ser jueces de paz los que conocen las leyes, abogados ó escribanos, estas cuestiones se resuelven *en conciencia*, es decir, contra la ley, aparte de que se puede conseguir también que no se resuelva nada. Yo se lo garantizo, ya lo creo: primero recusamos á todos los jueces, después no se asiste á la citación, después hacemos que el juez se

excuse, después alegamos que hay contrato, después apelamos, después viene la feria.

—Y ¿qué es la feria?

—Es una época en que no hay justicia en este país.

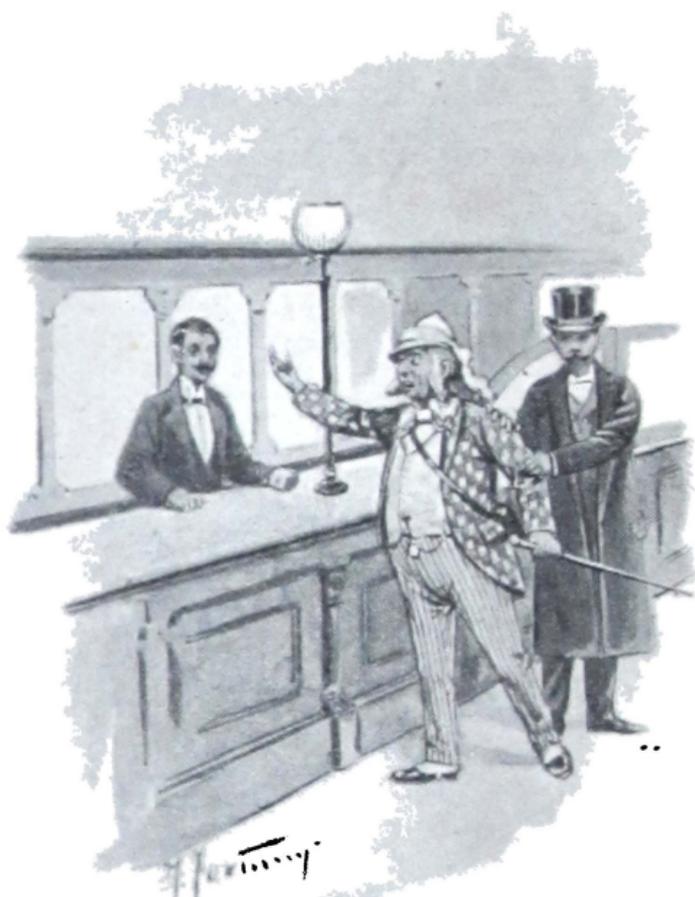
—¡Qué barbaridad! Y como yo viese que el procurador se había entusiasmado ante la perspectiva de la chicana y la mala fé, como un artista ante el desarrollo espléndido de una obra maestra, me repugnó su presencia y lo despedí, diciéndole que no necesitaba sus servicios, porque iba á pagar en seguida. Me miró con una mezcla de compasión y desprecio, como diciendo: qué estúpido! y se fué descontento.

Yo sabía que al día siguiente iba á tener dinero del Banco.

Así, pues, á primera hora ocurri á la oficina de informes con la ansiedad consiguiente, donde me dieron un papelito

que leí presuroso. Decía algo que yo tomé por un atrevimiento del empleado, y casi hago una barbaridad. Decía: *Hágase introducir.*

—Vd. es un insolente!, le grito yo al empleado, y á ese tiempo alguien me toma del brazo y me habla.



—¡Ola! mister Money, ¿qué anda Vd. haciendo por acá? Era mi corredor, á quien le conté todos mis afa- nes, y él finalmente me explicó el sig- nificado del papelito y el mecanismo pesado del Banco de la Nación: que debía hacerme presentar por alguien, á lo que se daba gran importancia, aunque eso no era una garantía más para el Banco; que debía ir con otra firma; que aun así, tal vez me dirían: *en otra oportunidad* ó no ha lugar; que si quería descontar un pagaré en el día, debía dirigirme á cualquier Banco extranjero, y si necesitaba di- nero sobre hipoteca, me darían en el acto en la Agencia inglesa de manda- tos y préstamos, pero que no hiciese nada de esto porque ya había ven- dido mis cédulas y tenía su liquidación para entregarme.

Así, señor barón, yo ya no espero

para marcharme sino ver fusilar á ese senador que me dicen ha hecho una revolución en un estado ó provincia, donde ha habido muertos, y el gobernador derrocado y secuestrado y qué sé yo cuanta cosa. ¡Caramba! es interesante ver fusilar á un senador. Nosotros los ingleses no perdemos esos acontecimientos.

—Pero no, mister Money, ¿cómo se imagina Vd. que en un país libre como este se van á castigar los actos políticos?

—En Inglaterra, si un miembro del parlamento se robase á la reina, yo creo que...

—Bueno, pero es que Vds. no gozan de la misma libertad que nosotros. Acá eso no es un crimen. Eso se llama aquí marchar con el espíritu del siglo: Si hubiese un presidente tan osado que

quisiese arrebatarle al país esa preciosa libertad, caería como un mentecato.

—¡Ah! bueno....





LAS PREGUNTAS DE MONSIEUR DÉFIANT

DIÁLOGO FINANCIERO

AYER mi criado me anunció á monsieur Défiant, un buen francés que hace el comercio de pájaros entre América y Europa, eterno preguntón. Estuve tentado de mandarle decir, como Voltaire, á un amigo que tenía el mismo defecto: “venid cuando querráis, pero os prevengo que no sé nada de cuanto me vais á preguntar.” Finalmente me resolví al sacrificio y lo hice pasar adelante.

—¡Oh! monsieur le Barón! exclamó

al verme, perdóneme una sola pregunta, será la última porque me voy á Montevideo. Dígame: ¿por qué queman aquí seis millones?

—Y qué va Vd. á hacer á Montevideo, monsieur Défiant?

—A trabajar, señor Barón. Montevideo es un país mucho más rico que la Argentina, porque todo se vende á oro. Allá mis pájaros son de oro y acá de papel. *Voilà la difference.* Y antes de partir me dije, voy á despedirme del señor Barón, y á preguntarle ¿por qué queman aquí seis millones?

—Pero no es cierto que allá sean más ricos, Mr. Défiant. El oro no es riqueza, la moneda es una simple medida de valor.

—¿*Comment?* yo no comprendo bien eso que Vd. dice. Si Vd. quisiera explicármelo, y decirme además ¿por qué queman aquí seis millones?

—Decía á Vd. que la moneda no es un valor en sí misma; es una medida de valor, por medio de la cual se cambian servicios ú objetos. El oro es la medida que se usa más generalmente, pero también se usa la plata, y aun el papel, como Vd. ve. — Cuando compra Vd. una tela ¿qué le importa que se la midan con vara ó con metro? Lo que á Vd. le interesa es la relación de cambio.

—¡Caramba! señor Barón, si el oro no es riqueza, si el papel vale lo mismo ¿por qué queman aquí seis millones?

—Suponga Vd. Mr. Défiant, que tuviese Vd. mucho oro, y no hubiese alimentos ni vestidos: sería Vd. un rico que se moriría de hambre. Así, pues, lo que vale es la producción.

—*Moi je dis*

—*Parlez espagnol s'il vous plait.*

—Entonces yo digo: ¿por qué este país se preocupa tanto del valor del

oro, y por qué aquí queman seis millones?

—Porque siendo el oro la medida de valor universalmente usada sirve para mantener las relaciones internacionales del comercio, mientras que el papel representa una simple convención local y por consiguiente sólo puede usarse en las transacciones internas.

—*Voilà ce que je disais*: la moneda de Montevideo vale más, y por eso aquí queman seis millones.

—No señor, no vale más. ¿A cómo vende Vd. sus pájaros en Montevideo?

—¡Ah! *moi*... yo puedo vender un canario á dos pesos oro.

—¿Y aquí?

—Aquí yo puedo vender á diez pesos papel.

—¿Y cuánto gasta Vd. en vivir allá?

—¡Ah! eso sí, allá me como un cana-

rio por día, vamos, dos pesos, y acá vivo con una tercera parte. Explíqueme eso, señor Barón, y no se olvide de decirme ¿por qué queman aquí seis millones?

—Es muy sencillo. Estos países compran á la Europa más de lo que le venden, de manera que la moneda más generalizada como elemento de intercambio no abunda entre nosotros. Para fomentar la industria y alentar la producción—que es la verdadera riqueza—suplimos nosotros la falta de metálico emitiendo papel, y en Montevideo lo resisten. Por eso la vida es más cara allá, porque son más pobres; aferrados á la preocupación de la moneda metálica el trabajo no puede desenvolverse. Sin duda creen, como algunos economistas, que la moneda metálica tiene valor intrínseco, porque los metales se aplican á la industria, pero ¿qué rela-

ción hay entre el valor representativo de un metal como moneda y su valor de mercadería?

La relación que existe, por ejemplo, entre un pito y una casa. Es decir, que con la cantidad de oro que vale mi casa, yo podría hacer un pito, si ese oro se desmonetizase. ¿De qué me serviría entonces su valor intrínseco?

—Ah! no, Mr. le Barón, el valor del oro es inalterable.

—Y el papel puede Vd. renovarlo siempre.

—*¡Sapristi! Mr. le Baron* es partidario de las emisiones!

—¿Cómo no? en la medida de la necesidad.

—¿Y también de las cédulas hipotecarias?

—Eso no es propiamente emisión. Las cédulas representan obligaciones de los propietarios de inmuebles, que

si no las contraen en esa forma las hacen en otra más onerosa. Para el país el resultado es el mismo, y el único que pierde es el Banco Hipotecario, porque no trabaja.

—Pero el señor Barón no me ha dicho por qué queman seis millones; y resulta de sus teorías: que si no tienen oro y queman el papel, llegarán á ser más pobres que en Montevideo. Ahora más que nunca me interesa saber, ¿por qué queman seis millones?

—Bueno, Mr. Défiant, ¿sabe Vd. por qué queman seis millones? Por qué como decía el viejo Velez, son unos bárbaros que queman la plata.





CON MI LAVANDERA

ARTÍCULO DEDICADO AL SEÑOR MINISTRO DE JUSTICIA
CULTO É INSTRUCCIÓN PÚBLICA

ESTABA yo con el Dr. Dómine en el escritorio, cuando entró mi sirviente y me dijo:

— Señor, la lavandera quiere hablarlo.

— ¡Qué fastidio! ¿y qué quiere la lavandera? pregunté yo con impaciencia, porque es una mujer que me ha tomado para paño de lágrimas.

—No sé, señor.

—Bueno, hazla entrar.

No me gusta ser desatento con los pobres, al revés de los que sólo son corteses con los ricos. Aparte de que no se debe estar mal con la lavandera, porque es un confidente.

Mi lavandera, Carola, como la llaman en casa, es una buena italiana, que ya parece criolla, tostada por los soles y los fríos de la ribera, donde hace veinte años que azota la ropa con la pala. Diríase que es un esqueleto forrado en una piel rugosa y seca, y apenas cuenta cuarenta años. El trabajo, los pesares, la miseria, han anticipado su vejez. Su marido era carbonero, pero se dió á la bebida y se hizo un holgazán. Lo peor es que la estropeaba. Ella quiso divorciarse, pero el juez le dijo que la sevicia no era una injuria para una mujer de su clase. “ *Dio mio*, decía ella, ¿por qué

habré nacido mujer á quien se puede pegar? " y no se explicaba ese empeño de la justicia en sostener matrimonios imposibles. Como la mujer casada tiene disminuída su capacidad civil, el carbonero alcoholista era el administrador de los bienes de la sociedad conyugal, que Carola sola ganaba. Por cierto, iban á parar á la pulpería. Felizmente, una noche que se retiraba muy borracho, que apenas podía tenerse en pie, un vigilante lo mató en defensa propia.

Desde entonces Carola vivía más tranquila, ayudada por sus dos chicos, Pepín y Cezina, diminutivo de Cesárea, según ella. El chico vendía diarios y Cezina le llevaba el atado de ropa al río. De esa manera prosperaban, gracias á la muerte del administrador de la sociedad conyugal.



Había quedado una casita, comprada con ahorros que á duras penas supo hacer Carola á escondidas de su marido, pero no pudiendo resistir á tanto impuesto resolvió venderla, y cuál no sería su sorpresa cuando le dijeron que la ley no se lo permitía; que era

menester hacer el juicio testamentario de su marido, porque había menores, y la ley velaba por los intereses de ellos. “¿Pero, quién mejor que la madre puede cuidar de sus hijos? contestaba ella con más buen sentido que el Código ¡si el amor materno es un instinto! si la naturaleza quiere que la madre ame á sus hijos, exclamaba con esa elocuencia que da la desesperación aun á los seres más torpes ¡si ésto yo lo he ganado precisamente para mis hijos!”

No podía convencerse de la conveniencia de las trabas en una buena administración de justicia.

Fué á ver al Defensor de menores, pero como estas funciones están entregadas á ancianos legos, el buen señor le salió con una porción de barbaridades, la amenazó con quitarle los hijos, y afligida la infeliz Carola se confió á un

abogado para que le arreglase la testamentaría.

Un año después supo que la casita se había vendido, pero que su importe no alcanzaba á cubrir los gastos. “*Dio mio*, decía Carola llorando, ¡así defiende la ley á los menores!”

Pero esta buena mujer tiene la educación del trabajo; no se quebró por eso; seguían los tres, madre é hijos, luchando infatigables, hasta que un día una de esas señoras de la sociedad de San Vicente de Paul, para quien lavaba, le dijo: “usted, mujer, está cargando con una gran responsabilidad al no educar á esos chicos como es debido. ¿Por qué no los pone en la escuela? Dios la va á castigar.”

—Si saben leer y escribir, señora, contestó la lavandera.

—No importa, repuso la señora, eso no es bastante. El deber de la madre

es educar bien á sus hijos; usted no es una buena madre.

Carola, que en medio de su rusticidad tiene buen corazón y un espíritu tímido, se preocupó del castigo de Dios que le había pronosticado la piadosa señora, y sobre todo, de pasar por una mala madre, y desde entonces, sacrificándose, redoblando sus esfuerzos, trabajó ella sola para toda la familia y puso á los chicos en la escuela.

De esto hace seis años. Los muchachos han cursado todos los estudios que forman la enseñanza primaria en las escuelas nacionales; acaban de dar sus exámenes, y cuando la buena madre esperaba la protección de sus hijos, contenta de haber llenado su misión, resulta que no sirven para nada, ni siquiera para lo que servían antes.

Es con este motivo que Carola quería hablarme; venía á consultarme qué hará con sus muchachos, “ porque Pepín, dice ella, en su jerga italo argentinizada, *no quiere que far el muzito paquete é puro di política é revolucione; é la mochacha puro decir versi é far il suicidio . . . ¡Gasta ma carbum é foforo!* dice Carola agarrándose la cabeza con ambas manos.

— Es decir que le han hecho un anarquista y una romántica, dije á Carola.

— *Proprio*; exclamó ella con la vivacidad de quien al fin acierta con un concepto.

— ¡Pero, hombre! está usted extraviando el juicio de esa buena mujer, me observó entonces el doctor Dómine, interviniendo en la conversación. Va á creer que es preferible la barbañie á la civilización.

—¡Alto ahí, mi amigo! Barbarie es el atraso de una sociedad con respecto al mundo civilizado, no la ignorancia en el hijo del pueblo, de ciertos ramos del saber que no necesita para ser feliz. Su educación debe ajustarse á su medio. Si tiene talento se abrirá camino, como la luz, como la verdad. La lavandera no necesita saber literatura. La mujer humilde necesita educación de trabajo manual; el muchacho pobre necesita oficio. Hay que difundir el taller como Sarmiento difundió la escuela. Son necesidades de épocas distintas. Me dirá Vd. que la educación actual no es obligatoria, es cierto, pero no hay la que hace falta. El grado de instrucción determina las aspiraciones del hombre. Si se afina su espíritu, se dilata su ambición; y como hay menos ocupación para la inteligencia, que trabajo para los brazos,

va á crearse aquí un proletariado intelectual, que ya existe en Europa, lo que significa anarquía, conspiración, *chantage*. Por lo pronto, el sistema actual de educación nos ha dado la empleomanía y el politiquero revolucionario.

—Perdone que lo interrumpa, saltó el doctor Dómine, poniéndose de pie enérgicamente y extendiendo el brazo con actitud trágica. — No le permito que condene las revoluciones, nosotros somos hijos de la revolución y las revoluciones son el derecho de los pueblos cuando

Habría sido yo víctima de un discurso de barricada, si no hubiese terciado Carola, preguntándome:

— *E que cosa debo fare, signor padrone?*

— Su mal no tiene remedio, Carola

le dije, necesitaría tener otros hijos. Lo que es esos, la educación se los ha perdido para el trabajo humilde.





PEPÍN

ERA de noche.

Habíame parado en una boca calle á esperar el tramway.

Estaba impaciente porque en toda la extensión de la vía que abarcaba con la vista ni se vislumbraba señal de coche alguno. Por fin asomó la luz de uno á la distancia. Venía completo. Después otro lo mismo, y así sucesivamente una serie.

El que espera desespera. Yo estaba desesperado.

En estos casos es fácil renegar. Lan-

zaba entre mí improperios contra la nulidad del Concejo Deliberante, cuando un agente de seguridad se me acercó y me dijo: sígame.

Me quedé mirándolo como para darle tiempo á que saliese de su error, pero insistió con más energía.

—¿Qué hay? ¿De qué se trata? ¿Porqué quiere que lo siga? le pregunté de mal humor.

— Allá se lo dirán, me respondió secamente.

¿Qué hacer en semejante situación?

Vacilé en el primer momento. Luego me pareció mejor ceder que resistir.

De todos modos ya había perdido la noche esperando el tramway. Me dejé llevar.

Caminamos mucho por los andurriales del Sud.

Finalmente llegamos á una Comisaría. Yo estaba indignado. Penetré re-

sueltamente, y encarándome con el que me pareció ser el Comisario, porque el agente que me había llevado le hablaba por lo bajo, me le quejé en estos términos:

—Pero señor ¿cómo se procede así? Si en este país, dice la Constitución, nadie puede ser arrestado sin orden de juez competente, y á mí me han traído arbitrariamente desde...

—Es Vd. muy injusto quejándose, me contestó el Comisario, porque Vd. no ha sido arrestado sinó detenido, y eso por equivocación, así es que está usted en libertad.

Una expresión de reproche se me resolvió en aire dentro de la boca inflándome los carrillos, giré de mala voluntad y salí.

La noche estaba sombría. Era tarde ya. Parecía una de esas noches que crean los novelistas de imaginación

terrorífica para una asechanza criminal.

Yo no sabía á que altura me encontraba. Busqué en varias esquinas el nombre de las calles y no tenían nombre. Una circunstancia contribuía á alarmarme, y era que estaba muy bien puesto. Parecía hombre rico. Es una preocupación que tenemos los pobres.

Yo no sé si tenía propiamente miedo. Es difícil aun confesárselo á sí mismo, porque nos gusta pasar por valientes— es otra forma de la vanidad humana —pero á lo menos tenía desconfianza, de manera que caminaba acelerando el paso y mirando á menudo para todos lados.

A poco andar distinguí en la sombra las siluetas de dos hombres que me seguían, uno por la misma acera y el otro por el medio de la calle, éste

con más presteza, como si quisiese pasar adelante á interceptarme el camino.

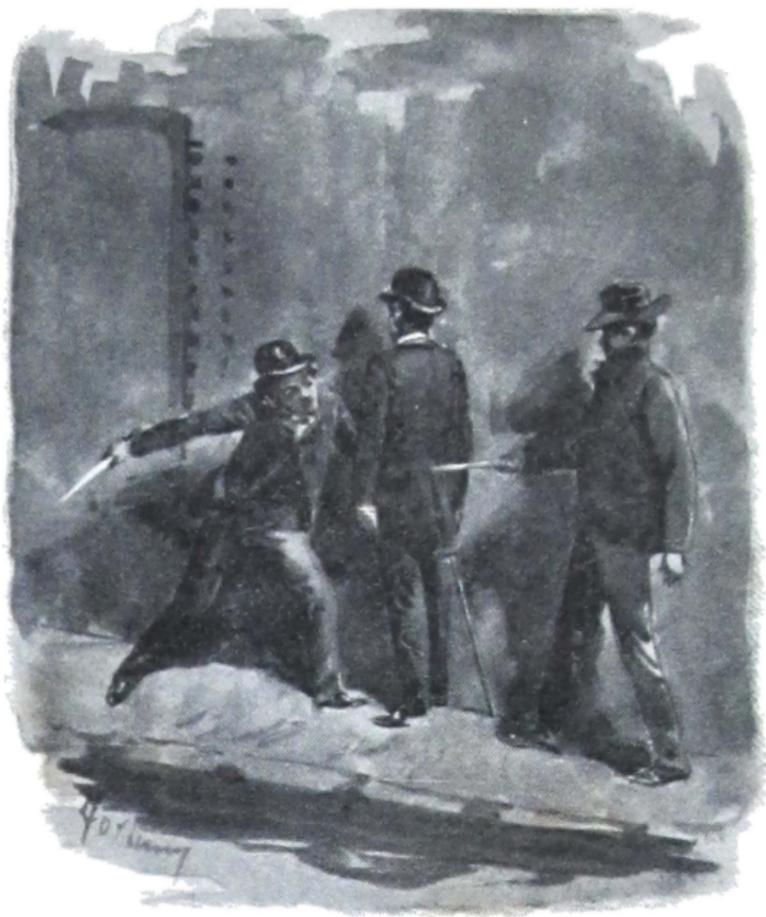
Ya no había remedio, un momento después los tenía encima.

—¡Haga alto! me dijo el que se me había adelantado, echándose el sombrero atrás al propio tiempo que desnudaba una daga filosa y luciente.

Me detuve, y dándome cuenta del peligro que me amenazaba exploré el terreno de una ojeada rápida con la intención de huir, pero era imposible.

Entonces pude ver que el otro, velado como un inquisidor, ocultando la cara entre el chambergo caído sobre los ojos y el cuello del saco parado, me apuntalaba, por decirlo así, con su daga.

Estaba entre dos filos, ó mejor dicho, entre dos puntas.



De repente el que tenía por delante hizo ¡pif! amagándome una puñalada — ¡ayayay! grité yo, que soy muy nervioso, arqueándome para esquivar el golpe.—No se pinche, señor, dijo el otro, con acentuado aire de compadre, clavándome un poquito.

--Le parecerá á usted una iniquidad, ¿no es cierto? exclamó el de adelante, que le digan no se pinche cuando le ponen una punta para que se clave forzosamente; y bien, así es la justicia de ustedes, los que gobiernan, los que hacen las leyes, legislan para que el pobre se ensarte en ellas, y tienen el comedimiento de advertírsele con la promulgación.

—¡Pif!

— ¡Ayayay!

— No se pinche, señor.

Y se repitió la escena anterior.

—Yo soy Pepín, continuó el mismo individuo, el hijo de Carola, su lavandera, del que usted ha dicho que era más útil como vendedor de diarios que después de haber estudiado seis años en la escuela. No les basta á ustedes los ricos anonadarnos con sus leyes

absurdas, de las cuales resultan los beneficios de la vida para unos pocos; quieren negarnos hasta el placer moral de la educación que se costea con el impuesto de todos; pero no, no lo conseguirán; lejos de eso, así como nos da el estado el pan del espíritu, nos ha de dar el alimento del cuerpo, allá vamos, á nivelar la fortuna, á comer todos de la riqueza publica, que hoy ustedes — egoístas! — se la reparten como el botín de una tribu invasora.

— ¡Pif! repitió Pepín.

— ¡Ayayay!

— No se pinche, señor.

— Pero mi querido Pepín, si no te había conocido — vé lo que son las cosas — exclamé estirándole la mano con la cariñosa humillación del que está bajo la férula de un bárbaro, pero él no se dignó aceptarla y siguió con sus increpaciones.

—Usted aquí no es sino la imagen reducida de lo que va á pasar en el mundo que llaman civilizado. Usted representa la fortuna, el heredero, el burgués, el capitalista, ese tirano del pobre, yo soy el proletario hambriento: lo llamo á juicio, me va á dar cuenta de sus crímenes contra mí, contra los míos, contra el pueblo.

—¡Cómo no, Pepín! Me alegro que me proporciones la oportunidad de que conversemos, le contesté deshaciéndome en cumplimientos. Mira, hijo mío, yo escribí ese artículo por amor á los pobres, pero no temas que se tenga en cuenta, porque á los gobernantes no les gusta aprender de los demás, siempre creen que ellos saben bastante.

La educación que has recibido no va á aumentar tu bienestar, si no aprendes un oficio para ganarte la vida.

La fortuna honrada no la ganan más

fácilmente los ilustrados que los industriales.

Si quieres ser gran señor, gana dinero. La fortuna dignifica y la pobreza envilece.

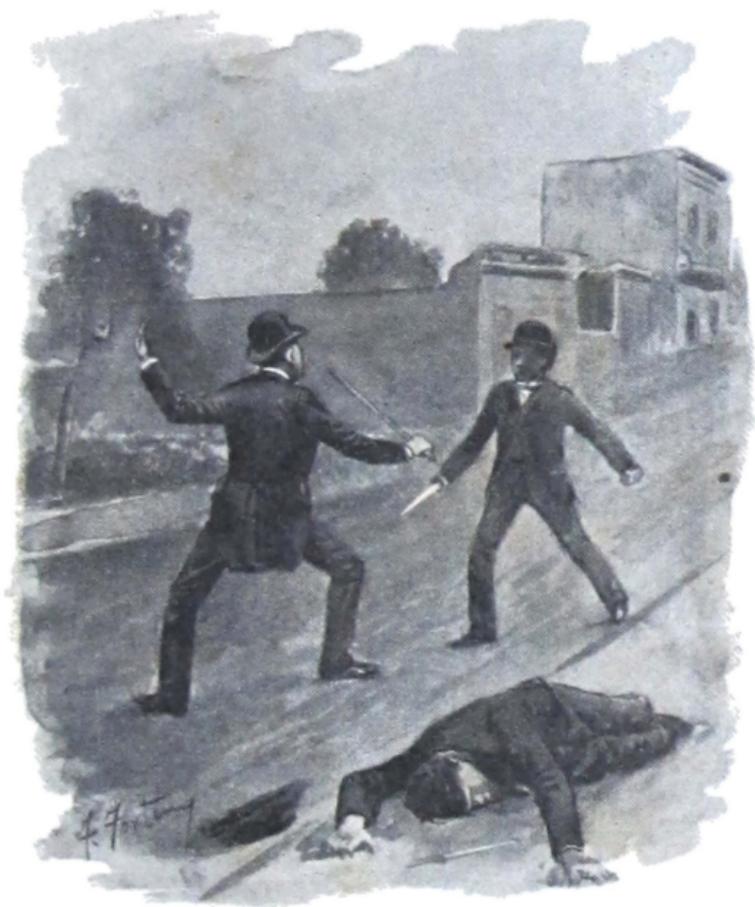
Con perseverante trabajo conseguirás fortuna, pero la felicidad se encuentra en la fuerza de la vida, no en la posesión de los bienes.

Hay ricos que son como los sepulcros lujosos: exterioridad magnífica, y adentro sombra y podredumbre.

No creas en la nivelación social porque los hombres han nacido desiguales. Siempre habrá explotadores y explotados, porque es una ley de la vida ser comedor y comido.

Había llegado yo á este punto, cuando noté que mis asaltantes me dejaban más libertad de acción, distraídos por la corriente de mis ideas, y entonces de improviso salté y le dí un terrible golpe

con mi bastón al que tenía detrás que lo derribó por tierra. En seguida caí en



guardia contra Pepín que se me fué encima furioso, y al tirarme una feroz

puñalada, paré con tal violencia que le hice saltar la daga de la mano. Al verse desarmado pretendió huir, pero lo reduje.

El otro yacía tirado sin sentido.

—Ves ¡miserable! le increpé, como los hombres no son iguales; ves como al fin triunfan los más aptos.

Si han podido dominarme un instante por la sorpresa y el número, ya están reducidos: yo, más diestro que ustedes, no he necesitado sinó la posibilidad de obrar para someterlos.

Ahora diré con tus palabras: esto es la imagen reducida de lo que va á pasar en el mundo con la colosal revolución socialista que está en gestación: presión y reacción, cambio de formas. En la corriente de los siglos los hombres han sido desde siervos hasta demagogos, y en cualquiera de estos extremos siempre han estado unos abajo y otros arriba.

Si quieres dominar, trabaja y produce.

Lo que has aprendido no te sirve sino para ser un desgraciado anarquista.

Le pegué un puntapié, y seguí mi camino reflexionando sobre los errores y deficiencias de la educación común.





Variaciones sobre el juego

HAY espíritus agrios que miran todas las cosas por el lado de sus defectos, así como hay almas buenas que no quieren ver sinó las virtudes.

Yo no tengo ni una ni otra inclinación, porque me gusta observar todas las fases de la vida, pero en el trato con los hombres, obedeciendo á algo que podría llamarse higiene del alma, hago á un lado el poco de basura que siempre se encuentra en la condición humana, y los tomo por donde están limpios.

Pertenece á la primera especie un

amigo mío, excelente persona, á pesar de ese vicio de su espíritu. ¡Pobre! Su defecto es el revés de sus grandes ideales. Cuando uno ha tenido la desgracia de nacer soñador, con una idea elevada de las cosas humanas, la realidad deja un resquero de amargura — el pesimismo — y de ahí proviene esa acritud del juicio, especie de despecho contra el desencanto.

Mi amigo no es, pues, un hombre malo: es simplemente un desencantado, que por lo mismo anda siempre de mal humor, y como no ha salido nunca de su país, localiza su desencanto: cree que sólo aquí suceden ciertas cosas, en este país, como decía el personaje de Larra.

Ayer me encontré con él á las puertas del "Círculo de Armas".

Tenía en su fisonomía la expresión propia del hombre disgustado. Yo en

estas situaciones me lo gozo, porque suele tener hipérboles de rabia que me hacen reír.

— A Vd. le pasa algo desagradable, ha tenido alguna mala impresión, le dije, estrechándole la mano con afecto.

— Cállese hombre, no me hable; si quisiera ser chino, que es cuanto se puede decir, sobre todo en estos momentos, antes de haber nacido en este país. ¿En qué se imagina Vd. que se ocupa la gente en el “Círculo de Armas”?

— ¡Pero hombre! eso es bien sabido: en hacer esgrima.

— Sí, que más se quisiera Vd.— Aquí no se hace esgrima, señor, exclamó acalorado mi amigo; aquí el noble ejercicio de las armas está abandonado. ¿Sabe Vd. lo que se hace en este centro brillante? Aquí se juega al dominó.

— Y bien, no creo que sea un motivo para irritarse tanto. ¿Quiere Vd. nada más cándido? La virtud de un pueblo se prueba por la sobriedad de sus costumbres. Además, el juego

— No, no me hable del juego; si aquí no se juega. Es un error de muchos el creer que aquí se juega. Preferiría que se jugase. Los hombres deben tener una pasión, una virtud ó un vicio, ser dignos del cielo ó del infierno, del castigo ó del perdón, como pensaba Dante, pero jugar al dominó es jugar al burro con piedras en lugar de cartas. ¿Qué quiere Vd. esperar de un pueblo donde sus primeros hombres viven absorbidos por el juego del dominó? Somos unos decadentes, no merecemos la herencia de gloria que hemos recibido de nuestros próceres.

— Yo creo que Vd. exagera un poco y se exalta demasiado, le contesté, tra-

tando de sacarlo del asunto concreto, casi personal, y llevarlo á una conversación de términos generales sobre el juego, porque me parecía que ya lo iban á oír.

— Vea Vd., le dije, yo no sé jugar, lo que lejos de considerarlo un mérito me parece una falta de educación ó una ineptitud de mi carácter. El juego es una amenidad social. Como no siempre se puede estar cambiando ideas graves, ni siquiera alegres, se juega para descansar el espíritu.

— Ya me va Vd. á defender el vicio, que es lo que se lleva con más altivez en este país. Seguro estoy de que ha combatido Vd. la ley contra el juego.

— No exagere; racionemos. Del entretenimiento del juego ha nacido un vicio; no es extraño, también del amor ha nacido otro.

El alcohol, que forma uno de los

ramos más importantes del comercio, da lugar á otro vicio, el más odioso de todos, porque desaloja la inteligencia.

Pero el alcohol no es el alcoholista, ni el juego es el jugador.

Las emociones que produce el juego con las alternativas del azar, en que se mezcla el interés, apasiona á ciertas naturalezas ávidas de sensaciones que se entregan á él de una manera habitual. Así se forma el jugador. Siendo el juego un recreo, el que hace de él un oficio se convierte en holgazán. Este es el individuo peligroso en sociedad, porque dominado por una pasión absorbente y sin ocupación productiva, está expuesto á delinquir. La autoridad, como medida preventiva, lo persigue, pero el juego no puede prohibirse, se prohíbe el jugador.

— Según eso, como no es fácil per-

mitir el gérmen y prohibir el fruto, siempre habrá jugadores.

—Es que así como no se puede prohibir la venta de licores ó de armas, porque sería un ataque á la libertad de comercio, no se puede prohibir el juego, porque sería un ataque á la libertad individual. Entonces se prohíbe el jugador como se prohíbe el matador. Aparte de que hay quien le dice á Vd. que el juego es la celeridad de las transacciones: todos los negocios son aleatorios, solamente que se resuelven con más lentitud.

El delito del juego es una mentira convencional, desde que hay juegos lícitos como la lotería, de menos defensa para el jugador que la ruleta.

—Está bueno: pero no se trata ahora de eso; Vd. me ha desviado de mi cuestión. A mí lo que me irrita es que nos conviertan el “Círculo de Armas” en círculo de dominó.

— Pero no tiene Vd. razón. En primer lugar que en un club cada uno es dueño de hacer lo que quiera, y después hay que considerar que los hombres superiores necesitan, de cuando en cuando, ocuparse de simplezas para que descanse el talento. Si no hacen nada tienen forzosamente que pensar en algo. Si se entretienen con un juego de inteligencia como el ajedrez, gastan sin utilidad pública una fuerza moral preciosa. Mientras que entregados á un juego simple consiguen suspender sus facultades intelectuales, refrescándolas en ese pasatiempo.

— Suponiendo que yo aceptara su teoría ¿cómo la aplica Vd. á los que no son hombres de pensamiento?

— Las simplezas del talento son el talento de los simples. Lo que para unos es descender, para otros es subir. El águila desciende de las nubes á los

picos de la montaña, adonde subiría penosamente un chingolo. El dominó es un juego de cálculo sencillo para un espíritu fuerte, pero á una inteligencia flaca puede servirle de gimnasia.

Deje pensar á los hombres, que eso es más útil que estar ahí como chicos jugando á quien se toca con un botoncito. Los pretendidos espadachines son individuos que pasan toda la vida en ese ejercicio, y si se ofrece el caso, no resisten cinco minutos sin que los toque el adversario. ¿A que Vd. no gana con la misma facilidad una partida de dominó á ninguno de esos caballeros? No crea, la esgrima es el arte de los talones.

— Ya veo que con Vd. no se puede tratar nada en serio. Hay que renunciar á salvar el país.

— Pero ¿qué es lo que Vd. desea? ¿Que se haga esgrima en vez de jugar

al dominó? Nada más sencillo. La vida es una copia. Los chicos imitan á los grandes. Estoy seguro que el dominó viene de arriba abajo. Algún personaje ha dado el ejemplo. Si ese mismo se pusiese á tirar el florete todos lo imitarían en seguida.

—¡Ah! que hora feliz de regeneración. ¿Por qué no lo intenta Vd. que es barón? Venga; entre; haga un asalto á ver si lo siguen.

—Pero si Vd. sabe que yo no tengo tal título, ese es mi nombre.





Un reportaje al mono Pancho

Mi estadía en el país de los monos me familiarizó con su lenguaje, persuadiéndome del error en que está el hombre al creer que sólo él en la creación tiene el uso de la palabra; pero este descubrimiento me lo reservé para mi satisfacción íntima, temeroso de que mis semejantes exagerasen mis defectos ó me inventasen culpas que no tengo, si les revelaba el mérito de saber más que ellos.

Creo que para no enconar al prójimo es conveniente ocultarle cuando se sobrepasa su valimiento. Sin em-

bargo, una tendencia de mi espíritu á tareas retrospectivas de diarista me ha puesto en el caso de descubrirme, porque me decidió á aprovechar mi conocimiento útil y agradable, para *reportar* al mono Pancho en su jaula, así como hacen los *reporters* con otro cualquiera, á quien comprenden ó no comprenden.

El lenguaje de los monos tiene una articulación finísima, que, para un oído inexperto, pasa por un simple sonido, tal vez por que hay en su construcción una cierta monotonía debido al uso constante que hacen de la *i*, así como en el francés se abusa del sonido *e*, y entre los perros del *ua*. Por lo demás, su idioma es riquísimo, y dejan incorporársele todas las voces que expresan una idea, sin rechazarlas por no estar en el diccionario, como hacen los académicos. Ellos dicen con mucha lógica:

los diccionarios se forman de los idiomas y no los idiomas de los diccionarios.

En uno de estos días pasados, á esa hora que no es de paseo por el parque —para evitar la presencia de curioso— fuíme al jardín zoológico y me acerqué á la jaula del popular mono Pancho.

Estaba sentado sobre las patas traseras, escarvando la tierra con aire indolente y distraído, fija la mirada en el suelo como en profunda meditación. Al verme irguióse nervioso y empezó á girar excitado y á lanzar imprecaciones contra mí, como acostumbra á hacer con el público; pero tremenda fué su sorpresa cuando, en correctísimo mono, le dije: ¿Y si fuese de los vuestros?

Quedóse enclavado en el suelo, inclinó la cabeza hacia el lado izquierdo y me miró intensamente, parpadeando

con agitación, como si quisiese limpiar los cristales de sus ojos para verme mejor. Finalmente exclamó admirado: — ¡Es curioso un animal tan inteligente! y me estiró la mano.



— Según eso tenéis al hombre por un ser inferior á vos, repuse yo.

— Sólo cabe en su vanidad dudarle, me contestó con altivo desdén, y luego continuó: todos provenimos de una forma inferior, dejada atrás por la ley de selección natural que mejora las especies, pero adelante del hombre va el mono, último progreso de la escala zoológica, como lo han demostrado las monos más sabios de los tiempos modernos.

— ¿Podría saber cuáles son las pruebas que aducen los monos sabios para demostrar su perfeccionamiento sobre el hombre?

Pancho se rió — ji! ji! ji! ji! — como si le hubiese preguntado un absurdo, y respondió con convicción:

— Innumerables son las pruebas. Os citaré algunas:

I^a La conformación corporal:

El hombre está formado sobre el mismo tipo que el mono y demás mamíferos, pero su piel pelada lo presenta en una forma tan repugnante, que tiene que cubrirse con tejidos hechos de la piel de otros animales. La hembra humana se abriga y se embellece con cuero de mono.

La falta del coxis en el hombre, que es la armadura de la cola — tan útil para asirse en las alturas — prueba que el hombre no está destinado á elevarse tanto.

2^a Las facultades mentales:

La pequeña diferencia que existe entre el encéfalo del hombre comparado con el nuestro, nos favorece en extremo, porque ajusta el pensamiento á un sentido más práctico de

la vida. Si le toca en suerte al mono un medio abundante para vivir, lo disfruta tranquilamente con los suyos sin creer que sería más feliz formando una gran monería. No se envanece de la grandeza del conjunto, porque cree que se realiza á expensas del bienestar individual. Cuanto más numerosa es una colectividad mayor es el número de necesitados. Cree que poblar es un crimen fuera de la riqueza económica de su región. No se debe multiplicar más los individuos que los frutos. La legislación de todas las naciones tiende á multiplicar los individuos sin tener en cuenta las dificultades para mantenerlos, y de ahí la miseria, la corrupción, las guerras.

3ª Las ideas de gobierno:

Los monos nos asociamos bajo la más perfecta igualdad. Tomamos de

la naturaleza lo que necesitamos para vivir y no consentimos que unos tengan mucho y otros nada. Como entre las variadas riquezas de la tierra cada uno en el andar de la vida halla distintos bienes que no siempre son equivalentes nos hemos dado una medida de valor—las hojas de un árbol—para que nos sirva de relación de cambio á manera del papel moneda entre Vdes., pero si otra especie de monos, en lugar de hojas usa semillas con el mismo objeto, no somos tan estúpidos para créer que han de valer más las semillas que las hojas, cuando en verdad el único mérito de las hojas y semillas es el consenso para que sirvan de intermediarias en las transacciones.

4ª La religión:

No se nos ocurre pensar que Dios

tiene un gobierno con contabilidad de pecados y perdones, con influyentes que se llaman santos y que interceden mediante una propina ó dádiva que se llama ofrenda. El dios del hombre tiene ministros en la tierra y un plenipotenciario para cultivar la paz con sus adictos y hacer la guerra á sus adversarios. Todas estas formas humanas dadas á las cosas divinas demuestran la insuficiencia del hombre para comprender á Dios. Los monos creemos que Dios es la fuerza universal que mueve los mundos: no le hacemos la ofensa de atribuirle forma de mono y menos de hombre, y si algún mono tuviese la vanidad de titularse ministro de Dios, le tiraríamos con nuestras inmundicias. Cuando un mono siente la cólera celeste, no trata de calmarla con velas: para la cola y sale echando diablos.



Nosotros los monos nos reímos mucho del hombre al verlo tan vanidoso que todo lo subordina á su forma. Se llama él mismo rey de la creación, niega á los animales inteligencia y á las plantas sensibilidad, y aunque vé flotando en el espacio una pluralidad de mundos

más grandes que la tierra, y los supone habitados, cree que el Hacedor del Universo es una persona como él, ocupada en escuchar sus súplicas interminables.

—Es, raro, le observé, que con tan juiciosas ideas se diga de vos que sois un inmoral.

—Aspavientos femeninos, respondió Pancho con desprecio. ¿Acaso á mi me alcanza la moral cristiana?—La moral que se funda en una religión comprende á sus sectarios solamente. Lo que hay es que á la mujer le gusta aparecer honesta, porque así se aumenta su mérito.

Lo que es yo no ofendería á mi Dios avergonzándome de mis dotes, porque sería reprochar su obra.

La moral de Vdes. al condenar el amor sin contrata, ha hecho delictuoso el sentimiento más dulce de la vida y

acibarado sus goces con la noción del pecado.

—Estoy sorprendido de la generalidad de vuestros conocimientos sobre la vida humana.

—No me extraña; es una prueba de la vanidad del hombre; estáis predisposto á creer en mi ignorancia, y seguramente pretendéis saber todo lo que concierne al mono. A lo menos debierais aceptar la recíproca: que si el hombre sabe del mono, el mono sabe del hombre.

El hombre se atribuye más inteligencia porque no nos comprende.

Bastaría este argumento para probar nuestra superioridad: no tengo noticia de que especie alguna de mono enjaule al hombre para recrearse en él, y veo en cambio muchos hombres que se ganan la vida á costa de un mono.

—Pienso que no es posible conside-

rarse uno á sí mismo de una manera imparcial, siempre se favorece en sus juicios; pero, francamente, me considero superior á vos.

— ¡Que obcecación! ¿No veis que yo vivo mejor que vos? bien instalado, bien atendido, polígamo sin escrúpulos de conciencia, y sin la lucha por la vida? Tengo á mi servicio á Holmberg, un posadero inteligente; darwinista, con lo que me vengo de ese inglés que no ha sabido reconocer que el hombre es una degeneración del mono. Pero sea dicho en honor de la verdad, porque un mono no calumnia como el hombre á sus enemigos: cualesquiera que sean las desinteligencias que me separen de Holmberg, conste que el hipopótamo no se envenenó con un sombrero de él.





La vida de un Atorrante

S IEMPRE ha excitado mi curiosidad la vida de esos seres extraordinarios que el vulgo llama atorrantes, y al ver por la calle á alguno de ellos, envuelto en sus andrajos, marchando decidido por la orilla de la vereda con la mirada fija en el suelo como si buscase ansioso descubrir el secreto de su porvenir, más de una vez me he sentido tentado de detenerlo, interrogarlo, penetrar sus misterios, conocer su historia, saber por qué hace ese abandono de su persona.

Me ha contenido cierta cortedad ante la idea de que iba á llamar la atención de los transeuntes mi conversación con un individuo semejante y he seguido mi camino, haciendo mil conjeturas á su respecto; pero últimamente en una de estas agradables mañanas frescas que nos anticipa nuestro hermoso otoño, me había ido buscando un poco de oxígeno al jardín de la Recoleta, y seguí, seguí caminando sin propósito fijo, hasta que me hallé internado allá entre los árboles, cerca de Palermo, cuando descubrí á la sombra de unos sauces, tendido sobre la hierba ¡oh, feliz hallazgo! á un atorrante, indiferente, desdeñoso como un filósofo cínico. Me produjo la misma emoción que he experimentado en otro tiempo, cuando era aficionado á la caza, al divisar un pato entre los juncos de la laguna. Lo rodeé cautelosa-

mente, como si me cuidara de no espantarlo; luego busqué su mirada para leer en sus ojos el estado de su ánimo y aventurar una pregunta cualquiera que me iniciase en su conversación; él hacía como que no se apercibía de mí. Era un perro echado que no se dignaba ladrarme.

Entonces lo afronté resueltamente con esta pregunta.—¿Qué tal?—No me miró, pero hizo un movimiento con la boca acompañado de un encogimiento de hombros que podía interpretarse:—Phis! aquí estamos, en medio de la más profunda indiferencia.

Me senté frente á él, guardando una prudente distancia higiénica, y me recliné sobre el brazo derecho, apoyando el codo en el césped y la cabeza en la palma de la mano, con cuya posición quería significarle que me disponía á hacerle compañía amistosamente.



El, ni adusto, ni esquivo, ni atento, no se movió.

Conseguí al fin con cierta diplomacia que este hombre se franquease conmigo, y confieso que quedé encantado de la plática filosófica que oí de labios de este moderno Diógenes.

—Yo soy del norte de Europa, de noble estirpe, me dijo. Mi padre, un alto personaje político, quería que yo viajase para completar mi instrucción. Me decidí á hacerlo, más que todo por alejarme de esa atmósfera enfermiza, artificial, que forman los aduladores en torno de los hombres elevados. ¡Con qué justicia Dante ha condenado al adulator á sufrir perpetuamente una lluvia de excremento! Los palaciegos envejecen el alma y hacen odiar á la humanidad. Son los que extravían á los gobernantes aplaudiendo pérfidamente sus errores. Pronto me persuadí que los viajes enervan las fuerzas del trabajo, porque afician demasiado al recreo en la molicie. En cambio sólo dan asunto para conversaciones triviales. Lo que ofrecen los museos no satisface la idea exaltada del arte que le sugieren á uno los literatos. Los si-

tios históricos están transformados, de manera que son, como la historia misma, una mentira con fondo de verdad. Todas las ciudades se parecen, como todas las aldeas, como todas las montañas, como todas las llanuras, como todos los mares, como todos los ríos. Después de esta convicción, viajar no me atraía.

¿Qué hacer de la vida?

¿Estudiar? Me he asomado á todas las fuentes del humano saber y he encontrado más palabras que verdades. Profundizar la ciencia sería como querer ver la cara á todos los hombres ¿para qué? si la parte da idea del todo.

Entonces sólo he encontrado digna de observación el alma.

No me refiero á esa entidad psicológica de los espiritualistas, no, esas son locuras; llamo alma á la función fisio-

lógica del organismo desenvolviéndose dentro de la sociedad, á este ruido de reloj ó mecanismo con necesidades y pasiones.

Viajar por la vida, viajar por el hombre, observándolo bajo todas sus fases, es un entretenimiento mucho más ameno que viajar por el globo. Para eso tiene uno que recorrer todas las posiciones de la escala social, que son otros tantos puntos de mira. De ésta, por ejemplo, en que yo me he colocado ahora, es de donde se vé al hombre más al natural, porque no se cuida de los miserables; es como si estuviese sólo. De aquí se ven bien sus instintos groseros, su naturaleza esencialmente animal.

Mirados desde una alta posición son completamente distintos. Si el observador está en un puesto elevado como el de un gobernante, semejan á esos

monos que los organistas hacen trabajar con amenazas de látigo y recompensas de azúcar. Se muestran siempre dóciles, adictos bajo esa influencia, al punto que el amo los cree mansos y fieles, pero cuanto dejan de obrar el temor y el atractivo, se tornan dañinos y traidores. Vistos de arriba, es imposible conocer á los hombres: para el superior todos parecen buenos, porque todos le sonríen. Por eso los gobernantes desaciertan en la elección de quienes los rodean.

Yo ya llevo recorridas muchas posiciones: conozco la alta nobleza con sus vicios refinados; la vida religiosa con sus odiosas hipocresías; la vida militar con sus implacables envidias y rivalidades.

—Pero un hombre inteligente como usted, le interrumpí, ¿cómo ha podido atravesar de incógnito por comuni-

dades y ejércitos sin que se quisieran aprovechar de su talento y lo vincularan por una carrera brillante?

—Es usted muy cándido todavía, á lo que veo, me respondió. Nadie encuentra en los demás más talento del que tiene, y el que siente la influencia de un espíritu superior, trata de desconocerla por vanidad. Al talento no lo descubre el vulgo, porque no lo comprende, lo olfatea guiado por manifestaciones materiales como el libro, la oratoria, etc.

Mientras no se han dado esas prendas, no es fácil que lo sospechen siquiera. Yo solía filosofar con intensidad en tertulia con mis compañeros; tengo una propensión natural á la síntesis; soy capaz de reducir el mundo á una palabra, pero á ninguno se le ocurría que eso revelaba inteligencia superior. Si decía alguna sentencia

grave, llena de verdad, solían reirse estúpidamente por su forma de máxima. Pasaba muy bien por un pobre diablo; — y el atorrante se sonrió con profundo desprecio por los hombres.

Luego continuó:

—Lo que debe ser muy interesante estudiar, es la vida de reclusión, pero no he conseguido que me lleven á la cárcel.

—No habrá hecho usted por qué, le dije.

El atorrante se sonrió con amargura, y continuó:

—No he querido hacer daño individual, matar, robar, violar, porque odio el crimen; pero como ante todo soy un filósofo que sigue invariable la ruta que se ha trazado, es una necesidad de mi propósito caer en prisión. Pensé en cierta ocasión que, plegándome á una de esas colectividades que defraudan con carácter oficial conseguiría mi propósito,

sin hacer yo mal á nadie, puesto que iba á servir de resorte de una máquina armada que funcionaría conmigo ó con otro.

Con esa idea me hice caballero (ya había descendido á ser atorrante) y conseguí incorporarme á un sindicato de especuladores en tierras al amparo de la ley de centros agrícolas. Comprábamos por uno, hipotecábamos por diez, nos ganábamos nueve; pero como ésto no era propiamente ganancia, sino defraudación, yo esperaba ansioso el día de ir á la cárcel, pero inútilmente. Desencantado de ese recurso, me metí en política, usurpé votos, entré en una gran falsificación de registros: menos, mucho menos. Al contrario, vinieron á ofrecerme la dirección de un partido

— ¿Y qué ha hecho Vd. de su fortuna? le pregunté.

—No, si yo no gané nada; ahora verá Vd.; la cosa se hacía así: uno firmaba un

boleto de compra-venta, sin dinero, á condición de escriturar en el acto de conseguir un préstamo, que desde ya lo solicitaba por más de lo que valía la tierra. Otro socio, que estaba en el directorio, sostenía el acuerdo, y yo prestaba el nombre para hacerme propietario deudor, es decir, que se escrituraba simultáneamente la venta y la hipoteca, se pagaba el precio con dinero del Banco, se guardaban el excedente y quedaba el clavo á mi nombre, por lo cual me daban una propina. Yo veía que á mí también me explotaban, pero ¿qué me importaba? si yo lo que quería era ir preso. ¿No lo conseguí? ¡paciencia!

¡El dinero! Si el hombre calculase lo poco que necesita para vivir decorosamente, no cometería tantas indignidades!

—¿Y qué piensa Vd. hacer ahora?

—Persevero en mi idea, busco una

forma tranquila de ir á la Penitenciaría á estudiar la vida del presidiario. ¿No sabe Vd. cómo podría ir á la cárcel?

Entre tanto me mantengo aquí; esta posición es una soberanía, la del gusano, si Vd. quiere ¡sea! ¡él roe la cabeza del monarca, como yo me río desde aquí del género humano.

La superioridad del hombre consiste en no necesitar de los demás, y eso no se consigue sinó siendo mucho ó nada.





DE COLON A LA OPERA

NUESTRA EVOLUCIÓN SOCIAL

EL mundo marcha. La frase no es nueva, pero puede repetirse siempre, porque la evolución es eterna.

¿Adónde va el hombre? Al infierno, diría una beata. Al sol, pensará algún filósofo idealista. Yo, para mí tengo que todo es materia, y que la materia inmortal se queda aquí no más, en esta pícara tierra, transformándose sin cesar.

Esta evolución deja sus huellas en todo lo creado, en la unidad y en el conjunto, y se distingue con el nombre

que corresponde á su tiempo y á su importancia.

Una costumbre social es un paso en esa gira sin fin de la humanidad. Si la costumbre pertenece á una pequeña agrupación, una palabra puede sintetizar la crónica de su tiempo. Así, por ejemplo, *Colón* es un nombre que entre nosotros trae á la memoria un cierto estado moral de esta sociedad, marca un grado de civilización, que ya ha quedado atrás.

He ahí palpable en ese recuerdo un caso de evolución individual y colectiva.

Las frescas concurrentes á Colón en los tiempos de Lelmi, hace cerca de treinta años, ya se han reproducido y van ahora á la Opera, llevando su prole, con el sello del tiempo transcurrido marcado en su fisonomía y en su persona. Algunas ya son suegras y

otras hasta abuelas. Al joven tenor de aquellos tiempos lo vemos ahora parecido al doctor Fausto de regreso de sus excursiones con el diablo, *giunto sul passo stremo*. La Passi, hermosa Lucrecia de la misma época, señora hoy de Ferrari, ahí anda entre telones, como *prima donna* jubilada, beldad *d'un tempo chi fu*. El único que conserva su bigote bien negro es Ferrari. ¿Sarà vero?

La transformación que los años han operado en estas unidades, se siente en el conjunto con un efecto inverso. En el tiempo que un ser se afea envejeciéndose, su medio social florece progresando. Según esto, podría decirse que el espíritu marcha en razón inversa de la materia: el hombre se perfecciona para morir.

Pero volvamos á Colón y compáremoslo con la Opera, guiados por este

pensamiento de Taine: “ Hay un hombre interior oculto bajo el hombre exterior, y el segundo no hace sino revelar al primero. La casa, los muebles, los trajes, son indicios de sus hábitos y gustos, el grado de su elegancia ó rusticidad, de su prodigalidad ó economía, de su necesidad ó de su cultura.”

La cazuela de Colón era el asiento obligado de la mujer que no iba á palco; no tenía otro sitio. No se sospechaba, ni remotamente, que pudiese ir á la platea. Así se veía la cazuela rebosando de juventud y belleza, las muchachas agrupadas sobre la baranda á mirar para abajo, de donde todos dirigían la mirada hácia arriba, cambiándose saludos corteses, familiares ó amorosos, porque ¿quién no tenía allí un afecto? Esas miradas, esas corrientes, esos efluvios que subían y bajaban, como expresando un deseo irrealizable

de acercarse, de confundirse; esa separación, esa distancia insalvable entre el hombre y la mujer, significaba algo como una mojigatería ó exagerado pudor de gente de aldea.

Un día se vió á una mujer en la platea; ¡qué risa! Alguna extranjera sería. Fué una idea para las demás.

Entonces se supo que también la mujer podía ir allí, entre los hombres. ¡Qué feo! decía alguna hipocritona! ¡entre los hombres!

¡Pobres hombres! Desde aquel día cada sombrero como un *rancho* se interponía entre su vista y la escena. La mujer estaba en la platea. Los trajes correspondían más á la estación que al lugar. Los hombres vestían ropa de invierno, nunca de frac. El teatro presentaba un aspecto diferente del que se ve hoy. Revelaba un estado moral más sencillo, más modesto, más candoroso.

Se observaba en la fisonomía alegre de la concurrencia una cierta familiaridad con el conjunto. Era que todos se conocían. Hasta se habría podido adivinar lo que pensaban. El tipo nacional era más acentuado, porque en sus orígenes no había entrado la diversidad de elementos que se han incorporado después en nuestra sociabilidad.

La sociedad era más homogénea, pero más pobre y menos brillante.

El cambio que se ha producido desde entonces, aunque iniciado en Colón, ha tomado un carácter peculiar en la Opera, que constituirá su época.

La mujer se mezcla con el hombre en la platea, viste trajes livianos de colores claros, la cabeza descubierta, peinados de fantasía, bustos escotados, caprichos elegantes. El hombre lleva el traje de etiqueta que se usa en las sociedades más adelantadas. La fami-

liaridad de los tiempos de Colón, se ha convertido en grave tirantez. La Opera se distingue por su lujo y la seriedad de las maneras, fenómeno complejo en que entra algo de desconfianza de los demás, un poco de vanidad, preocupaciones, falta de flexibilidad intelectual, de adaptación franca y completa á su medio. Se nota un período de transición. Desde aquellos tiempos la población se ha triplicado con la presencia de hombres de todas las razas y de todas las naciones, ha florecido una generación heredera de los diversos rasgos de sus antecesores, modificados por tintes nuevos, originales, provenientes de la cruz, el clima, la alimentación, el bienestar social, y estos nuevos tipos ricos, selectos, lujosos, con todos los refinamientos que permite la fortuna, dan un aspecto de alta civilización á la sala de la Ope-

ra, que persuade de un adelanto físico y moral. La sociedad es más rica y ha ganado en belleza y en cultura.

Sin embargo, como en la germinación de la vida de todas las especies, independientemente de la ley general de su desarrollo, se producen degeneraciones y selecciones, retrocesos y adelantos, así en el orden moral de la condición humana la desigualdad es inmensa bajo un mismo aspecto exterior, y sería curioso poder observar entre toda esa gente, tan semejante, que asiste á la Opera, las desigualdades de fisonomía moral. Allí donde están entretejidos en extraña coexistencia variados caracteres, rasgos contradictorios, enredo de atavismos, la prosa inglesa, la indolencia paraguaya, el fanatismo irlandés, la liberalidad americana, la dura hidalguía española, la soñadora fantasía alemana, la *dolcezza* italiana, el *sprit*

francés, la franca expansión latina y la egoísta gravedad sajona, interiormente ¡qué bellezas! ¡qué fealdades! ¡qué instintos! ¡qué ideales! ¡qué tendencia! ¡qué sueños! ¡qué luz! ¡qué sombras!

¿En qué piensa en su palco balcón, dentro de su severa aristocracía, aquella que cuyo nombre triunfal nadie ha podido cantar sobre sus desdenes.

Y allí cerca de ella, esa hija ideal de la selva americana ¿en qué piensa la *celeste Aida*?

Y allá en un palco bajo, la más elegante de todas, serpentina con alma ¿en qué piensa su cabecita artística? ¿Tiene ideas atrevidas como su progeñie turbulenta?

Y la *jeunesse dorée*, ¿también tiene alguna idea?

La estructura de una sociedad corresponde á sus orígenes. No puede haber unidad de ideas y sentimientos

cuando se proviene de diversidad de elementos étnicos, y en un mismo nivel aparente, cada uno tiende á los impulsos de su herencia.

Así se oyen desinteligencias como ésta, en *Gioconda*.

— Ahora continuarás, espera, escucha, déjame oír *cielo e mare*. ¡Qué cosa divina!

— *Dejáte* de macanas, *mirá*, Mignonnette es una yegua que cualquier día va

— Pero no seas salvaje, cállate, por piedad.

— Oh! gringo bárbaro . . . ya verás qué batatazo.

Estos rezagados no impiden el progreso, aunque no desaparezcan. . .

La civilización de una sociedad es una marcha de todos, en la que cada uno conserva su calidad. Así como en el crecimiento de un individuo todos

sus órganos se desarrollan sin cambiar sus funciones, en el organismo social todo crece en su rango, desde el vicio hasta la virtud, porque prosperar no es propiamente corregirse.

El refinamiento viene lentamente en la reproducción. De un bruto nace otro menos bruto, pero á veces el vástago es sumamente bruto, reversión á un tipo muy anterior; es lo que se llama atavismo, de suerte que ninguna edad está exenta de bárbaros.

Siempre veremos, pues, algún hombre público, especie de mono, en quien el instinto de conservación prime sobre el sentimiento altruista, y se lleve todo al bolsillo, preocupándose más de sí mismo que de la comunidad.

Aunque ya no haya radicales, oiremos en *Hugonotes* algún diálogo como este

—¿Qué es lo que más te gusta de esta ópera?

—¡A mí los tiros, ché!

La barbarie como la mala yerba se reproduce hasta en los sitios más cultivados. Mis compañeros de palco, á pesar de su roce conmigo, no pueden familiarizarse con el lujo de mis anteojos de nácar de Oriente y les llaman los *caracuses*.

Entretanto vamos adelante. Una generación más, y en el nuevo Colón se apreciará la diferencia de los tiempos.

Permítaseme hacer algunos vaticinios.

Como el público siempre es ingrato, porque no tiene corazón, desdeñará la enseñanza de los críticos musicales y se atreverá á creer que es hermoso lo que gusta, aunque ellos lo réputen malo.

La escasa producción de óperas nuevas de mérito hará exhumar las óperas de Verdi, de cuando en cuando,

menos *Otello*, que habrá sido olvidada por su pobreza de melodías.

Vivirán las óperas de Meyerbeer, por la riqueza de sus concepciones. Vivirá *Mefistófeles* porque corresponde á la profunda filosofía de su argumento, la epopeya del hombre, con que la fantasía de Goethe ha alcanzado la más alta cima del pensamiento poético. Vivirá *Gioconda*, por su *tessitura* verdaderamente artística, por la unidad de inspiración y de pensamiento que revela el encadenamiento lógico de todas sus partes. Vivirá *El Barbero de Sevilla* por la juvenil alegría de su música, en que se envuelve un travieso pasaje de la comedia humana, siempre actual. Vivirán las leyendas nebulosas de Wagner, porque aparte de su intenso pensamiento, la gente fina, á riesgo de no parecer inteligente en bellas artes, debe gustar de lo que no comprende.

Como consecuencia de la selección natural de la especie humana, las mujeres serán de un físico fino y los hombres calvos. En lugar de darse señas como hoy, que se dice: de aquel *pelao* cuatro asientos más allá, se dirá: al lado de aquel salvaje con la cabeza llena de pelos.

Las niñas no emplearán toda su juventud en aprender á leer música, porque es tan fácil como aprender á leer su idioma, pero sí estudiarán el arte musical como los estudiantes aprenden retórica y poética, y así como pululan los versos de jóvenes conocidos en los periódicos literarios, se generalizarán las piezas de música escritas por niñas, que sabrán hacer una *gavotta* como se hace un soneto.

Los jóvenes ricos herederos entregarán su hacienda al cuidado de los que necesitan trabajar, para no tener

olor á estancia en las manos, que es noble en los pobres y grosero en los acaudalados. Su vida transcurrirá entre las armas, las artes y la política. Nutrido su espíritu en la lectura de los buenos libros, ricos de inteligencia, llenos de ideas, no temerán el juego social porque no les faltará qué decir, y en los entreactos se reunirán estas dos mitades de la unidad humana, hombres y mujeres, sin temores ni desconfianzas, ni chismografía, á tener expansión intelectual, cambiar juicios é impresiones, hablar de artes, modas y amores.

La mujer, más libre, cautivará más fácilmente al hombre de su gusto, y los matrimonios serán lazos de amor y no soluciones sociales de gente aburrida.

La moda tendrá como siempre su soberanía, que todos acatarán, y se oirá preguntar á un chico:

— Mamá, ¿por qué dice papá me voy á vestir para ir al teatro y tú vas desnuda?

— Porque es moda, hijito.





EN LA OPERA

HAY algo excitante en el ambiente del Teatro de la Opera, en esas noches que rebosa de mujeres lindas, como un canastillo de frutas apetitosas.

—Es el olor á belleza, me decía un amigo.

Será.

El caso es que entro, me siento y ya estoy levantando vapor. Poco después hiervo, listo como una locomotora para atravesar todas las regiones, con las entrañas de fuego.

Siento una actividad mental tan agitada, que salgo de allí extenuado, por-

que lo he recorrido todo una y mil veces: sitios, mujeres, hombres, causas, efectos, aquí y allá, subiendo, bajando y siempre monologando mentalmente.

¡Que osadías suele tener entonces mi pensamiento, qué irreverencias!

Aquella noche se cantaba "Otello."

Yo había entrado á ocupar mi asiento de los primeros, y la sucesión de impresiones recibidas de la gente que iba entrando arriba y abajo, atrayendo alternativamente mis miradas, ya me había puesto nervioso.

Presa de esta excitación, miro, paso revista, pienso, investigo, comparo, recuerdo, murmuro, recito. — Estaba diciendo:

El telar del pensamiento
es como el del tejedor,
hilos de vario color

pone un golpe en movimiento;
viene y va la lanzadera
con extraña rapidez

.....
..... cuando
alguien debió decir al propio tiempo:
fiat lux, porque la luz se hizo.

Casi todos están en su asiento.

La orquesta se está organizando; se oyen algunas notas aisladas de los que templan sus instrumentos.

Yo sigo mirando á un lado y otro, y me digo: es entretenido pensar en el tejido social. . .

Ecco il mondo.

Allí afuera, los pobres cautivados por el lujo y la belleza, hacen un espectáculo de los espectadores de adentro. Se paran á verlos entrar.

Aquí adentro cada uno es espectable y espectador de otro espectáculo.

¿A qué viene todo esto?

Es un placer moral, dicen. Tal vez... pero que nace de un instinto: el amor.

Suprimid aquí la mujer ó el hombre, haced una temporada puramente femenina ó masculina: adiós culto musical, adiós placer moral; Ferrari se fundiría.

Va á empezar.

Mascheroni empuña la *battuta*; vélese la luz, empieza la ópera.

Recojámonos. ¿Puedo yo hacerlo? En este estado nervioso la música no me absorbe, no le pertenezco aunque no la atienda; lejos de arrobarme me estremezco con excitabilidad febril y mi pensamiento sigue trotando como un bridón ardoroso.

Discurro.

¡Otello!... la pasión brutal de los celos enfrascada en una naturaleza sal-

vaje, africana, exaltada por el amor de una belleza celestial é irritada por una intriga preconcebida: es una tempestad movida por el genio de Shakespeare, y todo ésto envuelto en sonoridades de Verdi, con cobre, bombo y platillos, y lanzado en canto por el bárbaro Tamagno, es un espectáculo enorme...

Con todo, el arte no alcanza al pensador.

Es que Shakespeare se ha apoderado de un elemento humano, de una parte del mundo, de un combustible del alma de todos, lo ha metido en un personaje—negro, para que sea más inflamable— así como quien carga un cañón con dinamita, y luego le ha acercado la mecha encendida: Yago.

Acompañad el estallido con música. Solamente Krupp podría hacerle orquesta.

La música es la expresión del sentimiento, el lenguaje de lo bello, intérprete de ideales; tiene voces de dolor, de angustia, risas y aflicciones, sabe acompañar lo solemne, lo cómico y aun lo dramático; pero, ¿cómo expresar el cálculo frío, razonador de un intrigante? Sólo con recitados, bordando en torno arabescos de melodías que la buena voluntad del oyente puede apropiarse a la escena.

La música no tiene lenguaje para la tragedia, y esta deficiencia del arte musical para seguir ese vuelo de la literatura, es más evidente en el argumento de "Otello" por la falta casi absoluta de situaciones tiernas ó nobles. Por eso el trozo más celebrado de toda la ópera es el *addio*, porque es el único momento de llanto que tiene el protagonista, cuando, perdida la dicha y la paz del alma, se des-

pide de la gloria y de los triunfos de la vida.

La gloria del maestro salva la obra.

Hacia yo estas reflexiones, fija la vista en la escena, cuando terminó el acto.

La luz brilló nuevamente.

El entreacto es el momento de las divagaciones para el que está solo: discurre á medida que la vista gira: va y viene, pasa y vuelve á pasar por sobre las mismas personas. ¡Qué diversidad de ideas se agolpan á la imaginación del observador!

En la fila de los palcos balcones, las muchachas, sucediéndose con su variedad de trajes y bellezas, me traen á la memoria esas hileras deavecillas de vario color, tejidas de seda sobre guías de flores, que he visto á veces en objetos de fantasía.

Mirándolas, recuerdo estas palabras de Hamlet: “la naturaleza os dió una

cara y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasáis por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos.”

En seguida veo una criatura pura como Ofelia, y por encadenamiento de ideas sigo con Hamlet:

“Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia.”

Continúo observando arriba y abajo; sigue mi monólogo.

¡Cómo se hace por sí misma la distribución social, cada uno en su lugar pecuniario y en el lugar de su estado!

Los pobres más elevados, ¡y luego se quejan!

El Paraíso... la multitud... una fuerza que no sabe aprovecharse.

La Cazuela... otra multitud... una debilidad que se aprovecha; flores entre maleza.

El hombre... el único animal que se encadena á sí mismo.

Un diputado... dicen que tiene talento ¿por qué lo ocultará?

Un financista... importador de ideas ajenas.

Las solteras al frente... en oferta... ¿no hay quién quiera novia? ¡La soltera! embalada en la honestidad es el pie chino dentro de la babucha de porcelana, defectuoso por falta de desarrollo.

¡La casada! belleza esplendorosa, debido al verdadero estado de naturaleza.

¡Cuántas viudas! plantas que languidecen; competidoras de las solteras sin sus timideces. Están de vuelta; han hecho una rotación de la vida y ya están en el principio otra vez, en el

punto de partida, dispuestas á otra jornada.

¡Una solterona!... fisonomía sonriente de espíritu triste; su imaginación es un jardín devastado por las tormentas de la vida: flores deshechas, gajos quebrados, nidos caídos, ¡pobre víctima de un orden social!

Un vejete embetunado, falsificador de juventud. Me trae á la memoria el cuento del banquero aquél que, después de haber tenido durante muchos años á un cajero rigurosamente exacto, se le presentó un día con los bigotes teñidos. “Señor, le dijo el banquero, hasta ahora no había tenido motivo para dudar de su honradez, pero al ver que Vd. se tiñe el bigote, desconfío de Vd., porque Vd. pretende engañar al público, eso es una estafa; y lo despidió.

Yo también lo abandono para fijarme en vistas más agradables. Allá á la

derecha, me encuentro con esa niña-señora, cuya belleza todos admiramos, cabecita de alborada primaveral, fresca, blanca, rubia.

Cerca de ella, con el palmito encantador de una chicuela regordeta, que tiene no sé qué estrabismo interesante en los ojos, y mira como velando la luz con las pestañas.

Torno á la izquierda.

No está la serpentina. En palco bajo está aquella morena —jarrón de amor— que debiera llamarse Otella.

En el balcón, cerca de la ochava, la que tiene nombre de flor, tipo de belleza helénica. Falta allí una que

Tiene ojos de gacela,
Esos ojos ováles, pardos, cándidos,
Que la pestaña vela.

Vuelvo al otro lado.

Allí está en palco balcón aquella miniatura clásica, la damisela soñadora de Mar del Plata, tipo ideal de idilio artístico.

Abrazo el conjunto ¡qué magnificencia!

Y pensar que si los socialistas aboliesen la herencia no disfrutaríamos de esta esplendidez ¡malos!

Voy á los pasillos.

Allí se agrupan los mozos; todos quieren ver, mirar á su gusto ¡qué! ¿no han visto desde su asiento? si, pero discretamente, como lo exige la sociedad, y lo que quieren ahora es mirar con avidez; sus ojos relampaguean; algunos para más libre expansión se ocultan entre las cortinas.

El amor fisiológico, ese torrente de vida que agita la naturaleza entera, se ve encauzado por la cultura — domadora de los instintos — y

convertido en amor moral, en fluido que se derrama por entre los anteojos de teatro.

Vuelve á empezar el acto.

La parte es igual al todo.





LOS FEOS

SE admira que el ajedrez dé millones de combinaciones sobre un tablero dividido en sesenta y cuatro casillas y dotado de treinta y dos piezas, cuando indudablemente es más admirable que sobre un pequeño óvalo sin divisiones, y contando solamente con dos ojos, dos orejas, una nariz y una boca, produzca la naturaleza millones y millones de tipos diferentes. Verdad es que estos escasos elementos están auxiliados por los distintos matices que se encuentran en la fisonomía humana, y que son á los rasgos prominentes de la

cara, lo que en la música es á las notas la división de los tiempos, porque le dan su expresión particular. Sin embargo, las combinaciones fónicas, con ser innumerables, no tienen ni mucho menos el alcance ilimitado de las variantes fisionómicas. Los alfabetos de los idiomas más ricos en sonidos variados no dan siquiera las voces necesarias para emitir las ideas con palabras propias, siendo indispensables los sentidos metafóricos. Tal es la distancia que hay de lo humano á lo divino; y en esta fecunda fantasía del Creador, ¿cuántas son las gradaciones del tipo humano? El gusto ha fijado los antípodas de la belleza entre Cuasimodo, que fué proclamado rey de los feos, y Venus ó Helena, declarados por el arte tipos selectos.

Dentro de esta escala de fisonomías se encuentra la suerte del individuo en

la vida social. Si es mujer, dotada de belleza, el camino de su vida está regado de flores. Las más finas adulaciones se deslizan constantemente en sus oídos, y rindiéndole los hombres su corazón y su fortuna, ella es dueña de su porvenir. Si es fea ¡infeliz! ¡qué glacial es su existencia! La sociedad pasa indiferente y desdeñosa en su presencia.

Pero antes de seguir adelante, establezcamos quiénes son los feos, á nuestro entender.

Hay la belleza del arte y la belleza del corazón ó del amor. El que feo ama, lindo le parece,—esa es la belleza del amor. Lindo y simpático son términos deslindantes de dos bellezas, la del arte y la del amor. Así, pues, al hablar de los feos nos referimos más que todo á los seres de alma zurda, insensibles, vulgares, sin ideales, ni ensueños.

En medio de estos dos extremos,

belleza y fealdad, hay un tipo intermedio, más imperioso que la belleza para hacerse amar, diabólico, porque se infiltrara en la sensibilidad como un volátil: tal es el tipo simpático. La belleza artística de las líneas se admira con el sentimiento estético; pero esa belleza indefinible de lo simpático, que se siente y no se vé, impresionando toda la sensibilidad como una corriente eléctrica, deja en la imaginación un recuerdo que estremece cada vez que se presenta.

Para mí encontrarme con una mujer simpática es un placer mezclado de inquietud, una dicha que me mortifica, porque me hace sentir demasiado. Este sentimiento de la simpatía es tal vez el que ha hecho que Goethe hallara una expresión maravillosa, al decir de Max Nordau, para definir la esencia del amor, llamándole afinidad electiva. El nombre, dice, pertenece á la química. La química

llama afinidad electiva á la tendencia de dos cuerpos á combinarse en un nuevo producto. Dos cuerpos que no tienen entre sí afinidad electiva, pueden encontrarse eternamente en el más estrecho contacto, que su yuxtaposición será sin vida. Cuando dos cuerpos tienen afinidad electiva no hay más que aproximar el uno al otro para provocar inmediatamente bellos y fecundos fenómenos.

El organismo humano ofrece hechos absolutamente semejantes. Dos individuos ejercen ó no el uno sobre el otro una acción recíproca.

¿Están en afinidad electiva? Se aman. Desean impacientemente ser la fuente de formaciones nuevas. ¿No existe tal afinidad? Quedan fríos y sin acción el uno respecto al otro.

El matrimonio se asemeja á un vaso en el cual están encerrados dos cuerpos

diferentes, dos individualidades químicas. Si tienen afinidad electiva el vaso está lleno de vida, y en caso contrario encierra la muerte. Pero en los tiempos modernos ¿quién se inquieta por la afinidad electiva?"

¿Será de estas uniones convencionales, sin atracción espontánea, sin intervención del amor, de donde nacen los feos?

¡Desdichados! Para ellos el mundo es distinto, se les presenta en otra forma.

La mujer, por ejemplo, tiene dos fases sociales: una para el feo y otra para el buen mozo. El buen mozo la ve sonriente, bondadosa, insinuante, condescendiente, fácil, provocativa. El feo la encuentra esquiva, severa, desdenosa, despreciativa, inculta.

De estas dos fases provienen los escépticos y los optimistas. Los éxitos del buen mozo lo hacen dudar de la virtud. Los fracasos del feo lo hacen

creer en la moralidad austera de la mujer. Cada uno ve el mundo de las mujeres al través de sus impresiones personales, de manera que cuando se encuentran en un mismo círculo, los dos tipos opuestos tienen opiniones contrarias.

El feo duda de los triunfos del buen mozo como se duda de lo desconocido, y cuando le oye contar los episodios de sus amores, adopta ese aire burlón con que se escucha á los mentirosos.

Pero si el feo llega á hacerse hombre de mundo por experiencia ajena, y descubre que es un desheredado de bienes que otros disfrutan, se convierte en implacable difamador de la mujer. Para él todas son malas, aunque nunca haya sido cómplice de ninguna falta.

Cuando el feo no es pesimista conquista con el matrimonio la mujer que le gusta. Se casa y es feliz, si sigue siendo cándido.

EL ARTE DE DIFAMAR



LA difamación es hija de la moral. Si no se hubiese inventado la moral, tan incómoda para los enamorados y los políticos, habría una per-

fecta nivelación social, todos serían iguales, porque no se sabría distinguir el vicio de la virtud.

¿Qué se podría criticar?

Imaginaos un paraíso terrenal (después de comerse Adán la manzana) donde todas las damas vistiesen el sencillísimo traje de Eva. Es claro que sin noción de la moda, lo más que podría decirse sería que una hoja era más grande que otra. ¡Vaya una difamación!

Pero el pecado y la civilización han dividido y clasificado sutilmente todos los actos de la vida, haciendo distintas porciones que se distinguen en buenas y malas, según el criterio de cada sociedad, y henos aquí en plena moral, que es como si dijésemos en plena tiranía. Como esta invención social no puede primar sobre la naturaleza, obra divina, resulta que todos más ó menos

se salen de sus límites, saltan sus barreras, porque la libertad es una tendencia natural de todos los animales, y el comentario de esta lucha entre la moral y la naturaleza, la recriminación de los que se quedan adentro contra los que se van afuera, y el reproche de los de afuera contra los de adentro, ha tomado el nombre de difamación, haciéndose tan interesante el asunto que ha formado escuela, y como todos los conocimientos humanos aspira justamente á su perfeccionamiento. De ahí que esté ya elevado á la categoría de arte y se funden sociedades para cultivarlo y se editen manuales que dan sanos consejos al respecto. He aquí los principales principios de un tratado que nos ha llegado á las manos, escrito para la sociedad "Le Male Lingue":

CAPÍTULO I

De la difamación en general

La difamación es el arte de dañar la reputación ajena. Se divide en doble y sencilla: la difamación es doble, cuando es calumniosa, y sencilla cuando se limita á la propaganda de una mala acción verdadera ó que se presume. Algunos autores la dividen además en mixta, cuando se compone de verdad y mentira.

Con respecto á su forma es hábil ó torpe: La difamación es hábil cuando se envuelve en una forma irresponsable, piadosa, de condolencia. por la víctima.

La difamación es torpe, cuando se lanza brutalmente y sin esquivar el bulto.

CAPÍTULO II

De las personas que deben ser difamadas

En general toda persona que tenga algún mérito debe ser difamada. La fuerza de la difamación debe ser proporcional á la resistencia del mérito, siguiendo los progresos de la balística con respecto á la coraza.

Corresponde difamación doble:

1º Contra los hombres honrados y de talento.

2º Contra las mujeres bonitas y virtuosas.

Corresponde difamación sencilla:

1º Contra los funcionarios públicos en general.

2º Contra las beatas y casadas alegres.

Siendo el objeto principal de la di-

famación perjudicar á las personas íntegras, no debe dirigirse contra los que están perjudicados por sí mismos, y así: quedan exentos de ser difamados: los insignificantes en general y los miembros del Concejo Deliberante; los diputados que no saben hablar, por que están aplastados por su nulidad; y los ministros de hacienda enemigos del papel moneda, por necesidad consuetudinaria.

CAPÍTULO III

Del difamador en general

Todo individuo dotado de envidia, orgullo ó celos, tiene derecho á ser difamador.

El difamador debe velar por el honor de la difamación, no ocupándose

de personas que achiquen su importancia con su falta de valimiento.

Los flojos deben servirse del método llamado hábil, para no tener inquietudes. El siguiente ejemplo puede dar una idea exacta de este sistema: “Fulano ¡ah! es un excelente sugeto. Yo lo quiero mucho. Es digno de mejor suerte por sus bellas cualidades, pero la debilidad de su carácter lo pierde. De otro modo no le consentiría á su mujer su conducta escandalosa.

— ¡Sí! ¿eh? exclama admirado el auditorio.

— Pero, como no! todo el mundo lo sabe.

— ¡Pobre! Sin embargo, yo no lo creo”.

Este ejemplo es clásico, porque hay *doblete*; caen marido y mujer. Además el *no lo creo* es noble, generoso, compasivo, debe usarse siempre, sobre todo

si se trata de un amigo, porque dignifica al difamador.

La forma llamada torpe desprestigia al que se sirve de ella. Su desnudez quita autoridad á la palabra y no se alcanza el efecto que se busca. Es una fuerza que se esteriliza lastimosamente. Debe tenerse presente este precepto de un hombre ilustre: “La injuria revienta por exceso de carga, como el trabuco de los Guerri, y hierre al que la esgrime”.

Aquí concluye la preciosa obrita aludida.





COMIENDO

EN EL HOTEL BRISTOL DE MAR DEL PLATA

SIN duda que el hombre es un animal muy inteligente. Él ha inventado la cultura, lo que significa disimular la barbarie de los instintos. Así, pues, cuanto más material es el acto que realiza, más pulidez da á sus maneras.

Hace el amor, y se expresa con tierna suavidad.

Come, y lo hace con suma pulcritud.

Amar y comer, son dos de las servidumbres más imperiosas que nos ha

impuesto la naturaleza, como que son las que presiden, puede decirse, la conservación de la especie. La civilización las ha embellecido con mil artificios para cohonestar la carnicería que hay en el fondo de estos actos; y así se ve, por ejemplo, en el regio comedor del Bristol, entre pinturas, flores y luces, presentarse uno á uno los huéspedes, de gran *toilette*, con paso mesurado y aire solemne, á tomar asiento en el altar del estómago.

¡Qué dificultad para acomodarse!

No sabe uno para donde dar la espalda.

Quisiera tener ojos en todas direcciones para poder estar mirando toda la belleza que lo rodea, excitando la simpatía.

¿Qué es un comedor?

Un tendal de muertos que el hombre va á devorar.

A veces parece que el hombre se avergonzara de su ferocidad, porque cuando el comedor está muy concurrido, mayor cuidado pone en su función de comer. Observad á un hombre comiendo solo, y lo veréis engullir con energía, haciendo crujir los huesecitos de sus víctimas entre sus mandíbulas.

El hermosísimo comedor del Bristol es un notable ejemplo del refinamiento del hombre para ser malo.

Porque no cabe duda que el mal, ejecutado con prolija premeditación, entraña más saña que como acto primo. Un hombre que furioso de hambre caza su presa y la descuartiza, es menos culpable que el que se prepara á comérsela de corbata blanca.

El comedor del Bristol ¡qué magnífico espectáculo!

Sobre las mesas yacen muertos en actitudes dolorosas nuestros hermanos

menores, como ha llamado Michelet á las otras especies. Aquí un pobre pejerrey despanzurrado, con los ojos saltados de las órbitas; acullá un pollo patas arriba, con el pico entre las alas, como si aún durmiese el sueño de su infancia; doquier los platos llenos de langostinos, algunos pequeñísimos, que incautos han caído en la red, cuando recién asomaban á la vida. Una encantadora niña toma entre sus delicados dedos uno de estos muertitos, le saca la piel graciosamente y se lo traga triturándolo de dos dentelladas.

Empieza el destrozo. Todos baten las mandíbulas despiadadamente.

Georges Mercer, el verdugo, observa en todas direcciones si hay algún descontento que quisiera hacer una nueva víctima en forma más fantástica. Mi compañero es el que suele quejarse de que la matanza no ha sido abundante.

Durante media hora se ha hablado poco, ocupados todos en masticar. Después yerguen la cabeza, inclinada antes sobre el plato, y satisfechos parecen exclamar como el lego de los Madgiares: *Ego sum contentis et gordis.*

¿Y porqué no? No se ha establecido sino por alguna religión que el comerse á los otros sea pecado, y el hecho tiene, por otra parte, la circunstancia atenuante de que al fin nosotros también somos comidos, de manera que yo abandono mis escrúpulos y me inclino á creer que revestir de buenas formas esta falta, ya es como un arrepentimiento de cometerla, y al ver á los huéspedes del Bristol sentarse á la mesa con traje de etiqueta, creo en una loable tendencia del hombre á levantarse sobre su barbarie ingénita.

Estamos de sobremesa.

Comienza el *flirting*. Satisfecho el apetito de comer se excita el apetito de amar.

Pero de tal manera la sociabilidad y la fineza han envuelto en bellas formas todo este proceso de la vida animal, que aún los hombres más positivistas se olvidan de que son instrumentos de la naturaleza para servir á sus fines y tienen sus ideales ellos también.

Mi compañero de mesa, doctor de Córdoba, inteligencia viva y sentido práctico, hombre robusto y materialista, dotado de un órgano admirable de manducar, suele decirme, enternecido como una tórtola y protestando que no lo seducen las *grandes hijuelas*: ¡Ah! no, yo no me casaré sinó enamorado.

¡Bendita sea la civilización!

Suena la orquesta y la digestión se hace valsando.

Tres horas más tarde, beldades y *dandys* en diversas actitudes, pagan su tributo á la ley inmutable de la evolución eterna de la materia.





IMPRESIONES DEL CLUB DEL PROGRESO

Las grandes tradiciones subyugan el pensamiento inclinándolo á creer en ellas, y bajo su influjo el juicio tiene que hacer un esfuerzo para conseguir independizarse. No se puede penetrar en el Club del Progreso sin que venga á la memoria su tradición de centro de la aristocracia argentina, como se le ha creído en sus buenos tiempos, y el que no esté acostumbrado á formar juicio propio de las cosas, ha de sentir allí, por influencia de la tradición, la exaltación que produce la idea de la belleza, del lujo perfumado, de la suntuosa

elegancia, aunque nada de esto lo rodée.

Otros espíritus más positivistas prescindían del mérito histórico ó valor moral y aprecian las cosas en lo que son real y positivamente. Una bota vieja es una bota vieja, decía un escritor, aunque pertenezca á Napoleón I ó á Federico el Grande.

Lejos ya de este juego de ilusiones y desencantos vive el viejo mundano, que no cree en fantasmagorías, y juzga lo que desfila ante sus ojos al través de un cierto pesimismo, que es el cansancio de la vida.

Convencidos de estos tres puntos de mira culminantes, que, puede decirse, corresponden á tres períodos de la vida, nos propusimos penetrar las impresiones de los concurrentes á los bailes de máscaras del Club del Progreso, tomándolos de tres situaciones diversas de la vida por la edad de cada uno.

Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Este cristal se encuentra en los ojos del alma y su color cambia generalmente cada diez años. A los veinte años es de color de rosa, á los treinta años es pálido, á los cuarenta años es sombrío. El resultado de nuestra investigación nos afirma en estos conceptos.

Nos acercamos á un joven de veinte años y le preguntamos:

—¿Qué le parece á Vd. todo esto?

—¡Sublime! Esto es el verdadero cielo prometido. Yo no conocía un baile del Progreso. Con razón tienen tanta fama estos bailes! Pero ¡cómo se transforma esto en un momento! ¡Qué lujo, qué elegancia! me hace recordar á los cuentos de las mil y una noches; á esos palacios de hadas improvisados.

—¿Y qué le han dicho las mascaritas?

—¡Ah! pero qué gracia ¿eh? Una me

ha dicho: *che, querés acompañarme esta pieza*, ahora vengo á buscarte; y aquí la estoy esperando. ¡Estoy encantado! ¡Esto es lo más lindo!

—Bueno mi amigo, lo dejo con sus ilusiones ¡que se divierta! y seguí á buscar mi otro punto de mira.

Encuentro á uno de treinta años.

—¿Y qué tal, qué le parece á Vd. el baile?

—Pyss, *toujour la même chose*. ¿Qué quiere que le diga? esto está en decadencia. En fin, se puede venir un rato para ver á las mujeres. Yo he venido por no acostarme temprano.

—No diga eso, hombre; un joven como Vd. . .

—¡Qué joven!

—Porque Vd. no tiene todavía . . .

—Hablando de otra cosa, dígame: ¿quién es aquella máscara, medio jamona?

—No la conozco.

—Me tiene interesado, porque ahora se acercó á mí y me dijo:—No te vayas.—¿Qué me vas á dar? le pregunté.—Todo lo que quieras, me contestó.

¿Si? ¡Caramba! Es mucho decir. Parece casada.

—¡Ah! sin duda, sino ya me habría ido.

Y nos separamos, en persecución yo de mi viejo pesimista. Al fin lo encuentro, mirando con aire indolente y profunda indiferencia, parado en una puerta, casi afuera del salón.

—¡Ola! todavía nos divertimos.

—Aquí me tiene llorando sobre las ruinas del pasado.

—¡Cómo!

—Pero si es claro; yo no sé á qué conservan esto; es un anacronismo, porque no sigue la evolución de nuestra sociabilidad. Se fundó en una época

embrionaria, cuando no había ricos que tuviesen salones propios, y los pobres fatuos que lo realizaron se creían la aristocracia. ¡Aristocracia! en un país de inmigrantes, donde comunmente el caballero proviene de cualquier peón enriquecido.

--¿Y qué tiene eso? ¿Niega Vd. la nobleza del trabajo?

—No digo lo contrario, pero es la aristocracia del dinero; y bien, esa misma ya no viene acá, recibe en su casa, tiene sus fiestas limitadas, de suerte que este club necesita cambiar de rumbo, consagrarse á la vida social de los hombres y no incomodarnos con bailes. Yo hace una semana que no sé qué hacer, porque la partida acá está interrumpida, no puedo subir al tercer piso, con un maldito reumatismo que tengo en esta pierna. Ya le he dicho al Barón, si no suprime los bailes yo me borro.

—¿A qué Barón?

— A Holmberg, pues; Vd. sabe que él es quien hace todo aquí, forma comisión, manda, dirige, da y niega tarjetas, es dueño del club.

—Me parece un elemento útil.

Estos centros necesitan quien se interese personalmente en su conservación.

—Así es; no se puede negar, él tiene pasión por esto. El ha puesto al actual presidente, que al fin no es malo. Si no le gusta, pone otro.

—No me parece mal; yo soy partidario de la autocracia.

—Claro, hombre, menos trabajo. Me voy porque me está doliendo la pierna.
Adiosito.

—*Au revoir.*





¡COMO ESTA LA SOCIEDAD!

EL Dr. Constant Franela es un correctísimo caballero, de quien lo menos que podría decirse en su elogio, es que tiene las bellas cualidades de un muerto. Sabido es que cuando alguien se muere resulta que ha sido una excelente persona; la sociedad le reconoce méritos que por envidia no había podido confesar antes.

Una señora distinguida diría del doctor Franela: *es un joven bien.*

El Dr. Constant Franela se ha educado en Inglaterra y ha residido algún tiempo en Estados Unidos. Esto im-

porta decir que no le tiene miedo á la sociedad femenina, con la que está familiarizado, y al contrario, se siente verdaderamente complacido siempre que se le presenta la ocasión de girar entre damas. Para él los hombres son vulgares, aburridores; y aunque reconoce que la mujer es generalmente simple, encuentra su simpleza encantadora, y además, dice, la mujer tiene los atractivos de la belleza física y de los adornos artísticos de su educación, y esa electricidad del sexo, que sólo el amor la comprende.

Vea Vd. me decía: un hombre, rara vez hace pensar, mientras que la mujer siempre hace sentir.

Por eso él no comprende ese alejamiento de la mujer que nota el "extranjero" en el modo de ser social del hombre en este país.

Le llamó mucho la atención en las

fiestas del Parque Lezama, que los mozos y las muchachas formaran grupos separados, como dos fuerzas antagónicas, cuando le parecía tan natural y tan agradable, por otra parte, que cada uno eligiese su compañera entre sus relaciones para pasear juntos.

Si el hombre y la mujer, dice, son dos mitades de la especie humana que por la ley natural tienden á unirse, es contradictorio que socialmente se separen.

Yo no concibo, dice el doctor Franela, la compañía del hombre sino para cambiar ideas, hacer negocios ó entretener vicios.

¡Ideas! ¿Y quién tiene ideas? Negocios yo no tengo, y vicios tampoco, desgraciadamente.

¿No es una falta de corazón, exclama, de sentimiento por lo bello, que allí en las poéticas avenidas del Parque Leza-

ma, donde las mujeres giraban como diosas bañadas en luz, en medio de un ambiente perfumado, ostentando con gracia su elegancia y su belleza, se presentara el hombre mal vestido, con el saco de trabajo, y se sentara en los bancos á decir cuchufletas á las niñas al pasar, y á zaherirlas con alusiones á la pintura, etc., en lugar de ser corteses, afables, galantes y rendir justo homenaje á la belleza?

Ya se comprenderá que un hombre de las ideas del Dr. Franela, educado en un país donde la mujer es el amigo del hombre, debe tener poca inclinación hácia los de su sexo.

Efectivamente, al fijar su residencia aquí, ha tratado de seguir sus costumbres, es decir, de cultivar la sociedad femenina, con lo cual no creía faltar á nadie, pero ahora verán ustedes en qué lío se ha metido mi buen amigo.

Reproduzco casi con exactitud la conversación que he tenido con él con motivo de haber venido á que le aclarase una duda sobre la situación social en que se encuentra.

—Ha de saber Vd. que yo fuí invitado á un pic-nic, y como asistiese á la fiesta, creí de mi deber hacer una visita á la familia que tuvo la deferencia de invitarme.

La familia de Alegre, de quien se trata, tiene una niña muy idem, muy alegre, vamos, con quien yo me había franqueado bastante por permitirlo su carácter expansivo.

Fuí ultimamente de visita en uno de sus días de recibo. La sociedad se hacía en rueda, debido á lo cual podía notarse en algunos de los presentes esa situación tirante, incómoda, violenta, como la del que está dando examen y no sabe como va á salir. A mí me hi-

cieron lugar al lado de Martina, mi amiga, la niña de la casa. Su señora madre, misia Imbecilidad, persona corpulenta, apoplética, de creencias religiosas muy estrictas, y de una moralidad feroz, tiene, no obstante, cierto sentimiento poético y la llama *Matina*, porque dice que ella tiene pasión por el italiano, y que así hace una bonita frase el nombre con el apellido, resulta: Matina Alegre.

Al sentarme al lado de Matina, noté que teníamos encima las miradas de todos los presentes. Los únicos que no se fijaban en nosotros eran una niña y un joven que parecían sentados en una misma silla y hablaban en secreto, prescindiendo de todo lo que los rodeaba. Después supe que eran dos novios. A propósito, dígame: ¿por qué aquí no se tiene un departamento de novios, desde que parece ser una función privada?

—Después le diré, continúe su historia.

—Bueno. Las amigas de Matina la miraban con sonrisa maliciosa, y algunas le hacían esos movimientos de cabeza que quieren decir: ¡ah! pícara, ya sé, tan calladita que estabas; con que esas tenemos?

Yo estaba impaciente por darle un giro más franco, más juvenil á aquella especie de sesión parlamentaria, donde se hablaba por turno, presididos por misia Imbecilidad, y como quien hace moción para pasar á cuarto intermedio, tomé la iniciativa para que se hiciese un poco de música, pero invitadas sucesivamente varias aficionadas al piano, dijo una: ¡ah! yo ¡qué esperanzas! si estoy tan olvidada; y otra: no señor; yo no toco nada; y otra ¡ah! yo no toco sin música; lo que me dió el convencimiento de que la mujer no tiene

verdadero gusto musical, y que sus nociones elementales de ese arte son un adorno que los padres le imponen á la fuerza.

La conversación languidecía.

Para estos casos, un amigo mío me ha dado esta receta:

Cuando se os agote el bagaje de frivolidades con que habéis emprendido la sociedad con una de esas confituras de cabecita rubia y palmito rosa, nerviosa como una rana, heridla en sus creencias. ¡Ah! si; ella tiene creencias también. Cree en todo lo que dice el cura párroco. Pero no os alarméis, si la amáis, porque no tenga vuestras ideas, que si sois su novio, en seguida pensará como vos. Podéis estar seguro de que ella no es intransigente. Recién disentirá con vos después de casados.

Yo, en mi caso, de solemne aburrimiento, apelé á este recurso, y al efecto

lancé esta bomba. ¿Qué opinan Vdes. de la ley de divorcio que se proyecta?

Todas irguieron la cabeza, como pájaros que se despiertan asustados.

—¡Cómo! exclamó misia Imbecilidad, á quien una ola de sangre había congestionado su enorme cara, ¿y se atreverían? Es claro, prosiguió agitada,—después del matrimonio civil ¿qué más puede esperarse? Lo que es mi hija no se casará sino por la iglesia.

—Y yo,—y yo, agregaron sucesivamente unas cuantas.

—Señora, observé amablemente á misia Imbecilidad, eso sería un concubinato.

—¡Cállese Vd., por Dios!—replicó escandalizada;—no ofenda Vd. nuestras creencias.

Y se desató en improperios contra la perversión de los hombres, sobre lo cual todas estaban de acuerdo.

La sociedad había tomado un carácter agresivo contra mí, porque sostenía la conveniencia del divorcio, y me retiré.

—Pero hasta ahora no presumo á donde va Vd. á parar, observé al doctor Franela.

—Aquí tiene Vd. el objeto de mi consulta. ¿Qué significa esta carta que acabo de recibir? Tome Vd., lea:

—Leo: “ Estimado señor:

“ Después de las ideas que Vd. ha manifestado sobre el divorcio, creo que no es Vd. el hombre que conviene á mi cara Matina.”

“ Saluda á Vd.

Imbecilidad Iglesias de Alegre.”

—Y bien, mi amigo, contesté al doctor Franela, esto es muy sencillo. No sé si Vd. ignora que en este país, un hombre que visita en una casa donde hay

alguna mujer casadera es considerado como novio. Vd. ha sido recibido en aquella casa como novio de la señorita Matina, y ahora lo despiden. Es lo que se llama simplemente un bolsazo. No crea que las familias aquí se chupan el dedo y creen cándidamente en la amistad de los mozos y las muchachas. Esos son refinamientos de perversión europea. Aquí hay que casarse. No se puede ser *constante franela*.





MISIA VIRTUDES

UN día cualquiera me sentí enfermo del corazón. Fuí entonces á ver á un médico de fama, que elegí deliberadamente para que no se equivocara y me dijese toda la verdad. En la consulta me llamó la atención el método que usó para investigar si yo tenía razón en la localización de mi mal. — ¿Siente Vd. que tiene corazón? me preguntó. — Ya lo creo, le respondí, si se agita como un potro. Está bien, repuso el médico, algo debe haber, porque uno no se acuerda de los órganos interiores sino cuando están enfermos.

Dejemos de lado lo que más adelante hizo y dijo el médico. Básteles saber —y no sé si es menester decirlo por demasiado sabido, que con todo su talento el distinguido galeno se equivocó.

Pero yo no le guardo rencor, y antes al contrario, recuerdo siempre con simpatía aquella entrevista, porque de ella recogí una observación provechosa, qué, aplicándola luego en el orden moral, me ha servido de clave en la vida social para formar mi diagnóstico sobre el grado de moralidad de las personas.

“ Uno no se acuerda de los órganos interiores sino cuando están enfermos.” Esta fué la observación de mi médico. Es cierto. Uno no se acuerda que tiene hígado ó riñones mientras funcionan con regularidad, y á cada rato se le vienen á la memoria y son objeto de preocupación constante cuando los siente dañados.

Y bien, he podido comprobar que en el orden moral sucede exactamente lo mismo. Conozco á un alto funcionario público que hace revistar en su administración hasta á los chicos que tiene en la escuela, percibiendo sueldo por todos ellos, y su conversación obligada, su tema favorito es siempre la honradez, precisamente porque la tiene enferma. “¡Ah! mi amigo, exclama en cualquier momento: “la honradez es la verdadera fortuna del hombre.” “Un hombre honrado tiene cabida en todas partes. Esa será la herencia de mis hijos. No son muchos los que pueden decir otro tanto, yo se lo aseguro á usted.”

Porque eso sí, estos pobres enfermos, por una especie de instinto de conservación agrandan su virtud y achican la ajena, buscando generalizar una mala opinión de los demás para bajar el nivel á que no pueden subir.

Munido de este sistema de aquilatar las personas, yo recorro el camino de la vida como el que lleva sus armas y pertrechos para las necesidades de una excursión.

El hombre se desarrolla por el lado de sus pasiones, y yo que desgraciadamente no tengo esos pequeños vicios de placer que absorben la vida de otros, como el juego, etc., busco en sociedad la amenidad de mis ocios y en ella desenvuelvo mi existencia.

Y luego las mujeres, todavía
Son mi dulce manía.
Ellas la senda de ásperos abrojos
de la vida suavizan y coloran. . . .

Es claro que hablo de las mujeres de buena sociedad, donde también se encuentra el vicio.

La austera virtud de la mujer es un mérito relativo. Le hace bien á ella, es

un galardón para los suyos, inspira respeto general, pero no preferencia entre los hombres de mundo, que en todas partes acechan la presa. De manera que cuando uno de esos hombres se presenta en un salón, su objetivo es la mujer más fácil. Un magnetizador que fuese á hacer experimentos elegiría á la más pálida y de mirada más vaga, seguro de dominarla pronto por los signos de su debilidad. Yo en estos casos, elijo á la más *virtuosa* por la ostentación de sus méritos, seguro de dar con la más pervertida. Fué con esta táctica como hice relación con misia Virtudes, mujer buena moza, que atraviesa con brío esa segunda juventud que gustaba á Balzac, y se consagra, según ella, á la educación de su niña y á sus deberes piadosos, en ausencia de su esposo que se halla en Europa.

Nos encontramos de visita una noche

de recibo en casa de la señora X, y rodó la conversación sobre los últimos bailes de máscaras. Entonces dijo misia Virtudes, con altivo menosprecio: La verdad es que yo no sé como hay niñas que se dicen delicadas y van al Club del Progreso, donde hay tanta mezcla. Lo que es Virgolina no pisará esos salones ¡qué esperanzas! Aparte de que su confesor no le permite ir á bailes.

—Eso no, misia Virtudes, objetaron todas las muchachas, ofendidas por esta provocación: Vd. sabe que todas nosotras hemos ido al Progreso, y valemos tanto como Virgolina.

—En los sitios públicos, uno no tiene nada de común con los demás, agregó la dueña de casa; cada cual vale por sí misma.

—Ya lo creo, dijo una solterona satírica: lo que hay es que algunas se

creen más por no ir á donde no las invitan.

— Yo soy intransigente con lo que considero un deber de las buenas costumbres, continuó misia Virtudes. ¡Pues no faltaba más! ¡Qué diría la sociedad! Y después de disparar á quema-ropa esta descarga de moral, se abanicaba nerviosa la cara congestionada por el calor de la discusión.

Yo aproveché el silencio que sobrevino para pasarme á su lado, diciendo para mis adentros: esta debe ser buena presa por la severidad de sus costumbres.

Examinada de cerca misia Virtudes me pareció muy apetitosa, y creí que el tratamiento que le daban, propio de una señora de edad, debía de ser simplemente una forma de respeto que habían adoptado las muchachas bajo la influencia de la rigidez de sus principios.

Trabamos un animado *tête-a-tête*, como va á verse.

— Pues hace Vd. bien, señora, en no llevar á la señorita á los bailes de máscaras. Se respira una atmósfera mundana, que marchita el candor de las niñas.

— Si es lo que yo digo, no por mí Vd. comprende, porque al fin á una señora ¿qué le va á suceder? sino por mi inocente Virgolina. Mejor está en su taller cosiendo para los pobres.

— Tiene Vd. muchísima razón. Yo no le encuentro á su retraimiento sino un lado malo, y es que nos priva del placer de verla.

— ¡Ah! señor, es Vd. muy amable.

— Mi deseo es que en obsequio á sus buenos amigos, sea Vd. más expansiva. Si es Vd. piadosa no debe hacer sufrir. Los que amamos la buena sociedad no nos conformamos con la esquivez de

las personas interesantes. Será preciso que Vd. reciba . . .

—Si mi esposo estuviere acá no digo lo contrario. Pero una señora sola está en una situación tan delicada. Y la sociedad es tan mala.

—Pero á lo menos tendrá Vd. amigos, y yo anhelo ocupar ese lugar en sus sentimientos.

—¡Ah! ¿Le parece á Vd. que no lo sabrá Cornelio?

—¿Quién es Cornelio?

—Mi marido.





SUEÑOS Y REALIDADES

ERA una tarde nublada de este último invierno. El color gris de la atmósfera entristece mi ánimo, siempre inclinado, por otra parte, á caer en la melancolía. Cuando estoy triste me siento más sensible. Si en este estado presencio una desgracia participo de ella, y la impresión que recibo persevera hasta mucho tiempo después.

Aquella tarde, libre ya de los deberes del trabajo, me alejaba paso á paso hácia mi casa, con aire indolente y la vista errante, cuando llamó mi atención una mujer llorosa, parada á mitad de la

cuadra, á la orilla de la vereda, mirando á la distancia en la actitud de quien espera. Fué para mí una contrariedad, porque evidentemente aquella mujer sufría. Como yo la observara con cierta curiosidad, ella sin duda se fastidió, porque dió vuelta la cara violentamente. ¡Pobre mujer! dije para mí, ¡quién sabe que pesares amargan en estos momentos su vida! Y seguí preocupado con este encuentro, penoso para un hombre triste.

Ella era una mujer extranjera — alemana tal vez — delgada, alta, rubia, que representaba treinta años de edad, sinó bonita, de fisonomía agradable, vestida correctamente, sin pretensión.

Sucede á veces que uno cree adivinar en lo que se ocupa una persona que no conoce, guiado simplemente por ciertas exterioridades.

A mí se me ocurrió, no sé por qué

que aquella señora debía ser profesora, profesora de algo que no traté de precisar. ¿Por qué llorará? decía yo entre mí. Tal vez le faltan medios para satisfacer las necesidades materiales de la vida y se encuentra desamparada en tierra extraña. O una mala noticia puede ser; la pérdida de algún ser querido, acaso de un hijo, allá en país lejano; y estuve tentado de volverme y ofrecerle mi protección.

Mirando en esos momentos al fondo de mi alma, encontré mezclada á este sentimiento caritativo la baja idea de conseguir algún día los favores de aquella desgraciada, obligada por la gratitud. ¡Miserable instinto de la carne, sombra del alma! ¿por qué nublas la luz de la virtud? Lancé mentalmente esta imprecación contra mí mismo, y rechazando con indignación todo pensamiento impuro, me acerqué decididamente

á aquella señora, y le dije con respeto.

— Señora, Vd. es una mujer que sufre.

— Ya lo creo, me contestó, no sé cómo no me he suicidado hoy.

— Vea, repuse; su suerte me interesa mucho; estoy profundamente impresionado por sus lágrimas, acepte mi amistad, yo seré un punto de apoyo para Vd., venga, vamos, cuénteme todo lo que le pasa.

— Adonde quiere que vayamos, me respondió con desaliento.

— A donde podamos conversar sin testigos importunos, donde yo pueda ser á Vd. útil.

— Bueno; me dijo finalmente, con aire resuelto, pero yo acostumbro á que me paguen antes.





PSICOLOGÍA DEL SALUDO

EL saludo es el convencionalismo social con que se manifiesta un trato anterior entre las personas que lo cambian. Su forma varía con relación á su causa ó es la expresión de su razón de ser. Tiene tantas expresiones como cualidades, pasiones y caracteres existen en la condición humana, y el observador puede derivar de la forma del saludo la posición social del individuo, su grado de cultura, su vanidad, su simpatía, su prevención, su respeto ó su envidia. Toda persona tiene formado

un juicio de los demás que lo pronuncia en la forma de su saludo. En este sentido el saludo es la justicia social. Sin embargo, la forma externa no siempre corresponde al pensamiento del que saluda. Los hipócritas piensan mal y saludan cortesmente.

El saludo entre dos personas equivalentes y sinceras no tiene nada de extraordinario y se ajusta al grado de consideración con que se tratan.

Entre dos personas de distinta posición el saludo cortés y respetuoso del inferior revela ó un espíritu simple connaturalizado con su suerte, ó un hombre previsor que capitaliza la buena voluntad de los fuertes. Fuera de estos casos, el encono del pobre contra el rico suele tener sus manifestaciones:

Entre personas de igual posición social y distinta educación, el inferior saluda con mayor altivez. Hay un yo

desmesurado en el bellaco, dice Victor Hugo.

El saludo desdeñoso de igual á igual prueba malquerencia, envidia ó despecho. Una nariz torcida se frunce en presencia de una nariz recta, observa Daudet.

El saludo constantemente reverente carece de sinceridad. Sacarle el sombrero á todo el mundo es no distinguir á nadie.

La regla general es que el saludo sea simplemente accionado: una inclinación de cabeza, un movimiento expresivo de la mano, pero algunas personas suelen acompañarlo de palabras como estas: *Vd. lo pase bien; para servir á Vd.*, lo que es de muy mal gusto. Pero nada comparable en GUARANGUERÍA y vulgaridad á estas expresiones: *salud, adiós amigo.*

Especialmente el *adiós amigo*, es toda

una revelación. Desde ese momento se conoce al hombre de cuerpo entero; puede decirse, sin temor de equivocarse que es vulgar y pretencioso. Para muestra basta un botón: hélo aquí: *adiós amigo*: Ecce homo.

No hay saludo más infiel que el del hombre público. Varía como la velleta, según el viento que sopla. Es el regulador de lo que él cree valer, de lo que piensa de sí mismo, marca las alternativas de su vida pública, sus éxitos y derrotas, se envalentona, se postra, se ensoberbece, se humilla. Al día siguiente de un triunfo, el hombre vá inflado, duro, tieso, enhiesto; mirando hácia arriba, no ve á los pobres mortales; ese día no saluda. Si ha sufrido una derrota, quiere descubrir en la fisonomía de los demás la extensión de su desprestigio y va mendigando un saludo.

Entonces conoce á todo el mundo, hasta á los mismos que no conoce. Cuando se siente afianzado en un puesto público elevado, se vé que su saludo desciende de las alturas como una bendición protectora.

Estos rasgos típicos de la personalidad del hombre público son comunes á todos sin excepción, pero se acentúan en razón directa de la flaqueza moral del individuo. Es inevitable el mareo que causan las altas posiciones, como el vértigo en las alturas, más pronunciado en las cabezas débiles.

El saludo femenino es el más difícil de interpretar, porque la mujer recibe la educación de fingir, de manera que sus acciones externas rara vez son en sociedad la expresión de sus verdaderos sentimientos.

En el juego de las relaciones puramente femeninas y fuera de los casos

de confianza, puede establecerse que la ligera sonrisa con que á veces acompaña el saludo la mujer, es una pura ficción para embellecer la forma, y en la que no entra para nada el sentimiento.

En el trato con el hombre, el análisis del saludo de la mujer ofrece un sinnúmero de peculiaridades y variantes, según la edad y el estado.

El saludo es en la mujer un recurso tan poderoso como el código de señales en la marina. Se sirve del saludo para decir, para atraer, para ofender, para dar citas, para desdeñar y hasta para divertirse. Desde luego téngase presente que cuando la mujer saluda es porque el hombre no le es del todo indiferente. Por lo demás, á la mujer no le importa un pito la consideración social que merezca el hombre sí de alguna manera él no halaga sus pasiones.

La mujer es esencialmente utilitaria en el saludo. Niega el saludo con un aplomo estupendo cuando el hombre no le importa. En cambio saluda gustosa por cualquier frivolidad que la satisfaga:

Saluda porque el hombre es soltero y acaso el azar de la vida pudiera colocarlos en el mismo camino.

Saluda porque él es simpático y se impresiona agradablemente al cambiar con él sonrisas y movimientos.

Saluda porque el hombre es elegante y cree que es un blasón social saludarlo.

Saluda porque el hombre es muy atento y le saca el sombrero hasta el suelo, lo que se le figura un homenaje á su persona.

Si el hombre *es un tipo*, si no es *un joven bien* (son sus palabras), entonces se hace la que no lo ve.

La jovencita saluda con timorata se-

riedad, porque, imbuida de los severos formulismos sociales, actúan todos los principios de su educación, de su decoro y de su edad pudorosa para prevenirla contra las asechanzas mundanas. Mira al hombre como á un enemigo y desconfía de él. La solterona familiarizada ya con los peligros, exenta de susceptibilidades y preocupaciones y sin miedo á los rozamientos, saluda con decisión, con marcada afabilidad.

Cuando la mujer casada saluda á un hombre joven con gravedad, es que se precave contra un presunto atrevimiento. Si lo saluda con amabilidad, el hombre es un ser neutro, no le inspira ningún temor ó está dispuesta á afrontar sus pretensiones. Si le gusta, es provocativa.

El saludo entre novios es francamente galante y afectuoso.

El saludo entre amantes de distinción

es expresivo en la mirada y ceremonioso en la forma. Cuando se hace en medio de otras personas es un saludo de lucha, hábil, estratégico; se necesita talento, destreza, para desempeñarse bien, porque son dos sentimientos íntimos y delictuosos que se comunican clandestinamente bajo las miradas de todos. ¿Cómo no ser descubiertos? *Ecco il problema.*

Pero no hay saludo más atroz que el de una muchacha traviesa que murmura algo que no se oye, siguiendo la misma ondulación de su reverencia. Estad seguro que os dice: váyase Vd.... á pasear.



INDICE

	PÁG.
Prefacio.....	3
Caricaturas políticas.....	5
El Hombre-cosa.....	21
El Funcionario.....	29
El Influyente.....	39
Un diálogo con Mr. Money.....	45
Un solo de Mr. Money.....	53
Las preguntas de Monsieur Défiant.....	67
Con mi Lavandera.....	75
Pepín.....	87
Variaciones sobre el juego.....	101
Un Reportaje al mono Pancho.....	111
La vida de un Atorrante.....	125
De Colón á la Opera.....	139
En la Opera.....	155
Los Feos.....	169
El arte de Difamar.....	177
Comiendo.....	185
Impresiones del Club del Progreso.....	193
¡Cómo está la Sociedad!.....	201
Misia Virtudes.....	213
Sueños y realidades.....	223
Psicología del saludo.....	227